

JUGLAR ENTRE JAGUARES

COLECCIÓN LITERATURA
Serie • Antologías
Dirigida por ÁLVARO RUIZ ABREU

Juan José Arreola

JUGLAR ENTRE JAGUARES

Selección y prólogo
Sara Poot Herrera

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Primera edición: 2020

© 2020 Herederos de Juan José Arreola.
por los textos

© 2020 Sara Poot Herrera,
por la selección y el prólogo

D. R. © 2020 Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: En trámite

Impreso en México - *Printed in Mexico*

PRÓLOGO

Preparar una antología de la obra de Juan José Arreola para la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco nos hace pensar de inmediato en las relaciones entre el escritor de Zapotlán el Grande (hoy Ciudad Guzmán, Jalisco) y el poeta de San Juan Bautista (hoy Villahermosa, Tabasco): Carlos Pellicer. De 1950 son los *Sonetos* de Pellicer publicados en la colección *Los Presentes*, que desde su segunda época (a partir de 1954) estuvo muy cercana y a cargo de Arreola, quien reconoció al tabasqueño como inventor de un nuevo lenguaje, un dialecto, una poesía. La amistad de los dos autores se vio sellada de varios modos. Más adelante, Pellicer escribió tres sonetos a Zapotlán, uno de ellos dedicado a Arreola («Un amarillo estar de otoño el día»). Además, años después creó «Otro soneto a Juan José Arreola» («Tú que dices las cosas desde el vaso»).

Entre los dos escritores hay varias coincidencias, dos de carácter mayor: la amistad y admiración, más la creación poética. A la grabación de la poesía de Pellicer en *Voz Viva de México* (UNAM, 1960) la acompaña un cuadernillo con textos de Juan José Arreola, quien escribe: «Pellicer no es solamente el suntuoso descriptor de los trópicos americanos y el egregio cronista de nuestras glorias civiles y militares. Es también el afortunado inventor de mil pequeñas fantasías, frecuentemente humorísticas, que lo unen, a su debido tiempo y en las horas mejores, al grupo de los más destacados surrealistas». Fue realista Arreola al hacer surrealista a Pellicer, pintor con la palabra de paisajes exteriores y del alma, fantásticos los dos y con el humor a flor de sus respectivas letras.

De *viva voz* escuchamos a Pellicer recitar sus sonetos a Zapotlán, y en *Poesía, mujer y mundo en la voz de Juan José Arreola* se escucha la «Elegía nocturna» de Carlos Pellicer, en voz de quien tuvo mucho que ver en dicha colección de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con la creación del primero está unida la elección del segundo, y en las dos actividades (sobre todo en la de la creación) hubo frecuentes encuentros entre Arreola y Pellicer. Oírlos leer hoy, con la dicción perfecta de cada uno, es traer al presente el pasado de una amistad literaria que se eterniza en las palabras y las imágenes.

Seleccionar textos arreolinos para una antología *tabasqueña* es transportar con ellos —en muchos de ellos textualmente— ecos pellicerianos. Los imprescindibles *confabularios* de Juan José Arreola están (per)signados por un verso de Carlos Pellicer, que sirve de epígrafe: «mudo espío mientras alguien voraz a mí me observa». Es la frase —mirada de miradas— que apadrina los cuentos del *Confabulario* original de Juan José Arreola (1952) aquí incluidos.

El título «El prodigioso miligramo», además de aparecer en un libro con el epígrafe de Pellicer, está tomado de uno de sus sonetos: «moverán prodigiosos miligramos». Otro epígrafe elegido por Arreola de un verso de Pellicer es «Yo acariciaba las estatuas rotas», que acompaña el texto «La noticia» de «Cantos de mal dolor» (*Bestiario*, 1972). El verso también se deja escuchar en «Tres días y un cenicero», relato de Arreola en forma de diario acerca de una estatua encontrada en la laguna de Zapotlán.

Presencias como estas no tan explícitas y sí lejanas podrían dar lugar a antologías digamos distintas, de alto riesgo en el sentido de hurgar en las escrituras de diversos autores, en diálogos invisibles o poco perceptibles y de remotas intertextualidades. Esas presencias casi fantasmales son resultado también de lecturas, de selección, de preferencias, gustos y homenajes, de un recoger co-

sechas ajenas en la siembra propia. En Arreola —original, vital, imaginativo, enciclopédico, lúdico— son innumerables las presencias de escrituras asimiladas de manera sensible e inteligente, con una gran capacidad de transformación y de perfeccionamiento, incluso de otras digamos *intocables*.

El oído de Juan José Arreola fue caja de resonancia de lecturas científicas, históricas, tecnológicas, mecánicas, ficticias. Supo de marcas de plumas fuente, de telas y texturas, de nombres de vinos (¡y de vinos!), deportes, oficios, de instrumentos y acordes musicales de todos los tiempos. Arreola apreció los paisajes inmediatos y en lontananza, y se acercó a las artes clásicas, a sus pintores y modelos. Tenía la intuición de la lengua nacional y de otras lenguas, enriquecidas por sus lecturas de cada día. Juan José Arreola fue contemporáneo de los escritores clásicos de México y clásico entre sus contemporáneos.

La huella del poeta que dejó fluir su voz en «Agua de Tabasco vengo, agua de Tabasco voy» es una de muchas, es un ir y venir de corrientes en la creación del gran estilista jalisciense, y en el contexto de una antología de la obra de este escritor es oportuno volver a la relación entre ambos, el de la laguna de Zapotlán y el del grandioso Usumacinta. Pellicer fue para Arreola un maestro, y como buen discípulo Arreola lo leyó, le escribió y escribió acerca de su poesía. Una muestra es precisamente la antología *Material poético* que para la UNAM preparó junto con Alí Chumacero. Fueron ellos, al igual que otros poetas, integrantes de una generación que se leyó a sí misma, compartiendo sus versos y sus quimeras. Con poetas como Marco Antonio Campos, Arreola promovió y participó en varios homenajes a un escritor de vanguardia, siendo vanguardia él mismo.

Juan José Arreola fue idóneo lector de Carlos Pellicer, de quien en una sólida reseña de su poesía comenzó diciendo: «Carlos Pellicer nació en la Villahermosa de Tabasco el 4 de noviembre de 1899. Predestinado para reanudar el curso de la

gran poesía mexicana, publicó su primer libro —*Colores en el mar*— el mismo año (1921) en que murió López Velarde» (1888—1921). Pellicer tenía 22 años y Arreola tres (1918). La amistad no tiene edad; la poesía, tampoco. López Velarde, Pellicer y Arreola no fueron coetáneos, pero sí contemporáneos de la palabra poética. En 1977, Juan José Arreola pronunció estas palabras: «La muerte de un árbol de caoba que camina». Se refería a un poeta católico como lo fue también Ramón López Velarde y él mismo, quien en su primera antología (de textos ajenos) —*Lectura en voz alta* (1968)— de Carlos Pellicer incluyó «En una escuela de Tabasco».

A esa escuela rondada de jaguares, pumas, venados, loros y hormigas —un bestiario tropical semejante a la idea zoológica *en punta de plata* (de Arreola y del dibujante Héctor Xavier)— con los colores de la selva asistió también el autor de *El otoño recorre las islas*: José Carlos Becerra fue discípulo de Juan José Arreola y publicó en la revista *Mester*, que el maestro editaba. Becerra le debe mucho a Arreola, quien lo estimuló para que diera a conocer su libro *Relación de los hechos* (1967) y que le publicó el largo, doloroso y entrañable poema *Oscura palabra* (1965). Arreola supo de la lluvia triste que nunca se secó en el corazón del poeta, que como López Velarde murió en el mes que había nacido y a unos días del día que cumplieron años. Arreola conoció muy de cerca sendas poesías.

No hay mucho qué decir (me parece) de la relación personal entre Juan José Arreola y Josefina Vicens, amiga de Juan Rulfo. Con seguridad Arreola celebró la prosa concisa de *El libro vacío* (1958), lo mismo que el talento en el manejo (inicial en México) de la metaficción. Ella obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia en 1958; él, junto con Elena Garro, en 1963. ¿Leería Arreola *Los años falsos* (1982) y el cuento «Petrita» de la Peque, basado en *La niña muerta* de Juan Soriano, de quien ambos eran amigos? ¿Y los poemas breves de Vicens? ¿Y

el gran poema de José Gorostiza? Este, no solo lo leyó Arreola, sino que frente a sus estudiantes de la UNAM desmigajó cada verso, asombrado una y otra vez de la inteligencia del autor de *Muerte sin fin*. Las de Josefina Vicens y de José Gorostiza son, en el contexto de esta antología, líneas *a fuerza* de nombres imprescindibles de la poesía y la prosa mexicanas. Las de José Carlos Becerra —discípulo— y la de Carlos Pellicer —maestro— son indispensables y representativas de la relación de Juan José Arreola con el estado de Tabasco.

Para el centenario de Juan José Arreola, el autor de *La ceiba en llamas. Vida y obra de José Carlos Becerra* (1996) y de *La esfera de las rutas: el viaje poético de Pellicer* (2014) —Álvaro Ruiz Abreu— escribió «Arreola caminante de las letras». Ese mismo año de 2018, y en casa —en Villahermosa— se conmemoraron los cien años de nuestro único último juglar: *La feria* fue leída en una maratón de lectura y también se oyeron ecos de Juan José Arreola en Tabasco. He mencionado el título *Bestiario* de Juan José Arreola y este es referente importante, entre otros, del libro del músico tabasqueño —y ahora escritor— Héctor Palacio, de su *Animales y otros bichos raros* (2013). No cabe duda, Juan José Arreola está en el inventario de la cultura tabasqueña.

¿Qué ofrecería Juan José Arreola a ellos, a otros escritores, a los lectores de su obra? Esta no es (solo) una antología pensada en el escritor sino precisamente en sus lectores, como él mismo lo haría, y estos son tabasqueños, mexicanos, mundiales, y —en lo inmediato— en quienes viven, escriben y leen en Tabasco, estado mexicano, vocablo del que ahora me informo quiere decir (del maya *tab-uaxac-cob*) «nuestro señor el de los ocho leones» o (del náhuatl *tlapachco*), «donde la tierra está húmeda». Hay más atribuciones al término y su etimología, pero hasta aquí nos quedamos para hablar un poco de esta antología, *desgranada* de la obra del zapotlanense Juan José Arreola.

Hemos mencionado varios títulos del segundo libro de su obra (*Confabulario*, con el epígrafe de Pellicer). Podríamos antes ir a su primer libro —*Varia invención* (1949)— y de él sugerir varios de sus textos, por ejemplo: «Un pacto con el diablo», «La migala», «Parábola del trueque», «Carta a un zapatero», «Interview», «El silencio de Dios», «Eva» y «El soñado». En casi todos los títulos se sugiere su temática; sin embargo, lo que (más) importa es mostrar cómo Juan José Arreola propuso desde sus primeros cuentos una manera distinta de escribir: con «Un pacto con el diablo» puede verse la relación de la literatura con el cine; »La migala» es, sin lugar a dudas, un cuento de terror; »Parábola del trueque» contiene una enseñanza para los maridos; «Carta a un zapatero» es un modelo ético del oficio, tanto de lo que se espera de un zapatero como del dominio de la escritura y de la artesanía. «Interview» nos muestra el arte de la entrevista; «El silencio de Dios» presenta un desafío de correspondencias entre quien narra y la voz de Dios; «Eva» es la historia de la humanidad abreviada al mínimo: el acoso, sí, pero este entre libros. En «El soñado» oímos la voz de un nonato *blandiendo una espada flamígera*. Esta muestra, en orden de aparición en el primer libro de Arreola, hace honor a su título: la *varia invención* de un joven escritor de ¡31 años de edad!

De *Confabulario* de 1952 incluimos «En verdad os digo», donde se ve la relación con la ciencia y la ciencia ficción; «El guardaguñas», un cuento de antología infaltable en todas las compilaciones, en la flor y nata, en el florilegio de la cuentística escrita en español; «Corrido», tema y forma de una brava historia de rivales; «El discípulo», un parentesco entre la literatura y la pintura; «Autrui», modelo de un diario, una de las prácticas del escritor desde sus primeros cuentos sueltos. «El prodigioso miligramo» —¡oh, Pellicer!— es la vida laboriosa de (casi) todas las hormigas; «El lay de Aristóteles», el virtuo-

sismo de la danza, la armonía de la poesía. «El sapo» es el cuerpo todo corazón; «Libertad», el acto inútil de la promesa; «El mapa de los objetos perdidos» como geografía de la carencia y la sobrevivencia; en «Flash» encontramos el tono exacto de un anuncio de un diario londinense; «Baby H. P.» es modelo de ciencia ficción, al igual que muchos de los relatos de uno de los cuentistas clásicos de la literatura mexicana.

El virtuosismo del relato breve está en «Alarma para el año 2000», «Achtung Lebende! Tiere!», «Teoría de Dulcinea» y en «El diamante». Los breves textos se debaten entre el anuncio del último momento, la fábula, la *tradición de la Mancha* y el relato doméstico. Con la esgrima como arma, el autor debate con la inmediatez de la cultura, la cotidianidad y las líneas imprescindibles de la literatura de todos los tiempos. «Informe de Liberia» es la rebelión de los nonatos (con niños que se niegan a nacer); «La noticia» trata del fantasma que hace huir a quien narra la historia y termina diciendo «acaricio el sueño de las estatuas rotas...» (¡Pellicer allí presente!). Arreola informa, da *noticias falsas* (pero rotundas) al mismo tiempo que ensaya como Teofrasto mexicano el arte de las doxografías, dedicadas las diez que escribe a Octavio Paz.

Cuentista, sí (de desbordante fantasía y con cuerdas de ingenio y humor), y también poeta —véase el soneto que incluimos, escrito *de memoria*—, reseñista de libros y de episodios de la cultura en México, traductor, dramaturgo, actor, poeta, novelista —su única novela, *La feria*, homenaje a Zapotlán, *pueblo originario* y el lugar de *memoria y olvido*—, prologuista, maestro (no encerrado en la torre de marfil ni en el silencio de un estudio concentrado en su propia creación), corrector de estilo (¡cuántos gazapos evitó a la historia de la literatura mexicana y cuántos *remiendos* suyos contribuyeron en el nombre de otros escritores!), escritor oral y orador que hablaba como si estuviera leyendo lo propio y lo ajeno. La lectura, su fiel compañera en

salud y enfermedad, en sus arrebatos de alegría y en la angustia del encierro y de la plaza pública. Todo a partir de la palabra, del sonido de la palabra plena de significados. Enriqueció el léxico de la lengua española ¡y mexicana!, al mismo tiempo que encapsulaba en pocas palabras su visión de las cosas y de la casa de la palabra. Más que escritor (o como escritor), Juan José Arreola fue un intelectual, un hombre reflexivo e intérprete de su época y pudo hablar con conocidos y desconocidos, meterse a las casas por medio de la pantalla de la televisión, saludar a la gente en la calle, jugar ping pong, ser reconocido por sus lectores (y por los no lectores), recorrer México y sus provincias, y ser cronista real y virtual del país. Tiene lectores de todas partes (en español y en otras lenguas) y cada vez tiene más estudiosos de su prosa, su poesía, su teatro.

Los libros canónicos de nuestro autor fueron *Varia invención*, *Confabulario*, *La feria*, *Bestiario* y *Palindroma*. *Inventario* también, y escribió sobre la educación, la mujer, acerca de *vidas reales e imaginarias* (y muchos otros de sus textos están desperdigados, desde solapas de libros de otros escritores hasta páginas de revistas, suplementos culturales y presentaciones de libros). Qué decir de su literatura oral que abarca grandes esferas de disciplinas más allá de la literatura. De recitador, a catedrático, siendo el arte de la improvisación una de sus cualidades natas y preparadas a lo largo de su vida de artista y de lector profesional de muchas disciplinas. De sus libros, él mismo hizo varias antologías y de las antologías *inventó* un nuevo género literario. En todas ellas aparecía su genio de juglar y su ingenio de niño. Ese niño que escribió (siéndolo y no) «El paraíso perdido de las golosinas», que cierra los textos creativos de nuestra invitación para leer (una y otra vez) al maestro. La sección final de esta antología es una entrevista realizada en 1964 por el jalisciense Emmanuel Carballo, uno de los tempranos estudiosos de su obra.

Con sus lecturas, Arreola atravesó otras geografías y, con ellas en las páginas de sus propias antologías, eligió el lugar de *su nación*, Zapotlán: «En él ha hundido mi alma sus raíces y cada hombre debe confesar la procedencia de su ramaje, tributar al subsuelo con la genealogía de los brotes». Nuestra antología inicia entonces con «De memoria y olvido», autobiografía de Juan José Arreola. Sabremos que su universalidad nunca nos abandona.

Sara Poot Herrera

1.OBRA

DE MEMORIA Y OLVIDO

Yo, señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán hace cien años. Pero nosotros seguimos siendo tan pueblo que todavía le decimos Zapotlán. Es un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño. Desde mayo hasta diciembre, se ve la estatura pareja y creciente de las milpas. A veces le decimos Zapotlán de Orozco porque allí nació José Clemente, el de los pinceles violentos. Como paisano suyo, siento que nací al pie de un volcán. A propósito de volcanes, la orografía de mi pueblo incluye otras dos cumbres, además del pintor: el Nevado que se llama de Colima, aunque todo él está en tierra de Jalisco. Apagado, el hielo en el invierno lo decora. Pero el otro está vivo. En 1912 nos cubrió de cenizas y los viejos recuerdan con pavor esta leve experiencia pompeyana: se hizo la noche en pleno día y todos creyeron en el Juicio Final. Para no ir más lejos, el año pasado estuvimos asustados con brotes de lava, rugidos y fumarolas. Atraídos por el fenómeno, los geólogos vinieron a saludarnos, nos tomaron la temperatura y el pulso, les invitamos una copa de ponche de granada y nos tranquilizaron en plan científico: esta bomba que tenemos bajo la almohada puede estallar tal vez hoy en la noche o un día cualquiera dentro de los próximos diez mil años.

Yo soy el cuarto hijo de unos padres que tuvieron catorce y que viven todavía para contarlos, gracias a Dios. Como ustedes ven, no soy un niño consentido. Arreolas y Zúñigas disputan en mi alma como perros su antigua querrela doméstica de incrédulos y devotos. Unos y otros parecen unirse allá muy lejos en común origen vascongado. Pero mestizos a buena hora, en sus venas circulan sin discordia las sangres que hicieron a México, junto con la de una monja francesa que les entró quién sabe por dónde. Hay historias de familia que más valía no contar porque

mi apellido se pierde o se gana bíblicamente entre los sefarditas de España. Nadie sabe si don Juan Abad, mi bisabuelo, se puso el Arreola para borrar una última fama de converso (Abad, de abba, que es padre en arameo). No se preocupen, no voy a plantar aquí un árbol genealógico ni a tender la arteria que me traiga la sangre plebeya desde el copista del Cid, o el nombre de la espuria Torre de Quevedo. Pero hay nobleza en mi palabra. Palabra de honor. Procedo en línea recta de dos antiquísimos linajes: soy herrero por parte de madre y carpintero a título paterno. De allí mi pasión artesanal por el lenguaje.

Nací el año de 1918, en el estrago de la gripa española, día de San Mateo Evangelista y Santa Ifigenia Virgen, entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros y caballos. Di los primeros pasos seguido precisamente por un borrego negro que se salió del corral. Tal es el antecedente de la angustia duradera que da color a mi vida, que concreta en mí el aura neurótica que envuelve a toda la familia y que por fortuna o desgracia no ha llegado a resolverse nunca en la epilepsia o la locura. Todavía este mal borrego negro me persigue y siento que mis pasos tiemblan como los del troglodita perseguido por una bestia mitológica.

Como casi todos los niños, yo también fui a la escuela. No pude seguir en ella por razones que sí vienen al caso pero que no puedo contar: mi infancia transcurrió en medio del caos provinciano de la Revolución Cristera. Cerradas las iglesias y los colegios religiosos, yo, sobrino de señores curas y de monjas escondidas, no debía ingresar a las aulas oficiales so pena de herejía. Mi padre, un hombre que siempre sabe hallarle salida a los callejones que no la tienen, en vez de enviarme a un seminario clandestino o a una escuela del gobierno, me puso sencillamente a trabajar. Y así, a los doce años de edad entré como aprendiz al taller de don José María Silva, maestro encuadernador, y luego a la imprenta del Chepo Gutiérrez. De allí nace el gran amor que tengo a los libros en cuanto objetos manuales. El otro, el amor a los textos, había

nacido antes por obra de un maestro de primaria a quien rindo homenaje: gracias a José Ernesto Aceves supe que había poetas en el mundo, además de comerciantes, pequeños industriales y agricultores. Aquí debo una aclaración: mi padre, que sabe de todo, le ha hecho al comercio, a la industria y a la agricultura (siempre en pequeño) pero ha fracasado en todo: tiene alma de poeta.

Soy autodidacto, es cierto. Pero a los doce años y en Zapotlán el Grande leí a Baudelaire, a Walt Whitman y a los principales fundadores de mi estilo: Papini y Marcel Schwob, junto con medio centenar de otros nombres más y menos ilustres... Y oía canciones y los dichos populares y me gustaba mucho la conversación de la gente de campo.

Desde 1930 hasta la fecha he desempeñado más de veinte oficios y empleos diferentes... He sido vendedor ambulante y periodista; mozo de cuerda y cobrador de banco. Impresor, comediante y panadero. Lo que ustedes quieran.

Sería injusto si no mencionara aquí al hombre que me cambió la vida. Louis Jouvet, a quien conocí a su paso por Guadalajara, me llevó a París hace veinticinco años. Ese viaje es un sueño que en vano trataría de revivir; pisé las tablas de la Comedia Francesa: esclavo desnudo en las galeras de Antonio y Cleopatra, bajo las órdenes de Jean Louis Barrault y a los pies de Marie Bell.

A mi vuelta de Francia, el Fondo de Cultura Económica me acogió en su departamento técnico gracias a los buenos oficios de Antonio Alatorre, que me hizo pasar por filólogo y gramático. Después de tres años de corregir pruebas de imprenta, traducciones y originales, pasé a figurar en el catálogo de autores (*Varia invención* apareció en Tezontle, 1949).

Una última confesión melancólica. No he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías a Franz Kafka. Desconfío de casi toda la literatura con-

temporánea. Vivo rodeado por sombras clásicas y benévolas que protegen mi sueño de escritor. Pero también por los jóvenes que harán la nueva literatura mexicana: en ellos delego la tarea que no he podido realizar. Para facilitarla, les cuento todos los días lo que aprendí en las pocas horas en que mi boca estuvo gobernada por el otro. Lo que oí, un solo instante, a través de la zarza ardiente.

UN PACTO CON EL DIABLO

Aunque me di prisa y llegué al cine corriendo, la película había comenzado. En el salón oscuro traté de encontrar un sitio. Quedé junto a un hombre de aspecto distinguido.

—Perdone usted —le dije—, ¿no podría contarme brevemente lo que ha ocurrido en la pantalla?

—Sí. Daniel Brown, a quien ve usted allí, ha hecho un pacto con el diablo.

—Gracias. Ahora quiero saber las condiciones del pacto: ¿podría explicármelas?

—Con mucho gusto. El diablo se compromete a proporcionar la riqueza a Daniel Brown durante siete años. Naturalmente, a cambio de su alma.

—¿Siete nomás?

—El contrato puede renovarse. No hace mucho, Daniel Brown lo firmó con un poco de sangre.

Yo podía completar con estos datos el argumento de la película. Eran suficientes, pero quise saber algo más. El complaciente desconocido parecía ser hombre de criterio. En tanto que Daniel Brown se embolsaba una buena cantidad de monedas de oro, pregunté:

—En su concepto, ¿quién de los dos se ha comprometido más?

—El diablo.

—¿Cómo es eso?— repliqué sorprendido.

—El alma de Daniel Brown, créame usted, no valía gran cosa en el momento en que la cedió.

—Entonces el diablo...

—Va a salir muy perjudicado en el negocio, porque Daniel se manifiesta muy deseoso de dinero, mírelo usted.

Efectivamente, Brown gastaba el dinero a puñados. Su alma de campesino se desquiciaba.

Con ojos de reproche, mi vecino añadió:

—Ya llegarás al séptimo año, ya. Tuve un estremecimiento. Daniel Brown me inspiraba simpatía. No pude menos que preguntar:

—Usted perdone, ¿no se ha encontrado pobre alguna vez?

El perfil de mi vecino, esfumado en la oscuridad, sonrió débilmente. Apartó los ojos de la pantalla donde ya Daniel Brown comenzaba a sentir remordimientos y dijo sin mirarme:

—Ignoro en qué consiste la pobreza, ¿sabe usted?

—Siendo así...

—En cambio, sé muy bien lo que puede hacerse en siete años de riqueza.

Híce un esfuerzo para comprender lo que serían esos años, y vi la imagen de Paulina, sonriente, con un traje nuevo y rodeada de cosas hermosas. Esta imagen dio origen a otros pensamientos:

—Usted acaba de decirme que el alma de Daniel Brown no valía nada: ¿cómo, pues, el diablo le ha dado tanto?

—El alma de ese pobre muchacho puede mejorar, los remordimientos pueden hacerla crecer —contestó filosóficamente mi vecino, agregando luego con malicia— entonces el diablo no habrá perdido su tiempo.

—¿Y si Daniel se arrepiente?...

Mi interlocutor pareció disgustado por la piedad que yo manifestaba. Hizo un movimiento como para hablar, pero solamente salió de su boca un pequeño sonido gutural.

Yo insistí: —Porque Daniel Brown podría arrepentirse, y entonces...

—No sería la primera vez que al diablo le salieran mal estas cosas. Algunos se le han ido ya de las manos a pesar del contrato.

—Realmente es muy poco honrado —dije, sin darme cuenta.

—¿Qué dice usted?

—Si el diablo cumple, con mayor razón debe el hombre cumplir —añadí como para explicarme.

—Por ejemplo... —y mi vecino hizo una pausa llena de interés.

—Aquí está Daniel Brown —contesté—. Adora a su mujer. Mire usted la casa que le compró. Por amor ha dado su alma y debe cumplir.

A mi compañero le desconcertaron mucho estas razones.

—Perdóneme —dijo—, hace un instante usted estaba de parte de Daniel.

—Y sigo de su parte. Pero debe cumplir.

—Usted, ¿cumpliría?

No pude responder. En la pantalla, Daniel Brown se hallaba sombrío. La opulencia no bastaba para hacerle olvidar su vida sencilla de campesino. Su casa era grande y lujosa, pero extrañamente triste. A su mujer le sentaban mal las galas y las alhajas. ¡Parecía tan cambiada!

Los años transcurrían veloces y las monedas saltaban rápidas de las manos de Daniel, como antaño la semilla. Pero tras él, en lugar de plantas, crecían tristezas, remordimientos.

Hice un esfuerzo y dije:

—Daniel debe cumplir. Yo también cumpliría. Nada existe peor que la pobreza. Se ha sacrificado por su mujer, lo demás no importa.

—Dice usted bien. Usted comprende porque también tiene mujer, ¿no es cierto?

—Daría cualquier cosa porque nada le faltase a Paulina.

—¿Su alma?

Hablábamos en voz baja. Sin embargo, las personas que nos rodeaban parecían molestas. Varias veces nos habían pedido que calláramos. Mi amigo, que parecía vivamente interesado en la conversación, me dijo:

—¿No quiere usted que salgamos a uno de los pasillos? Podremos ver más tarde la película.

No pude rehusar y salimos. Miré por última vez a la pantalla: Daniel Brown confesaba llorando a su mujer el pacto que había hecho con el diablo.

Yo seguía pensando en Paulina, en la desesperante estrechez en que vivíamos, en la pobreza que ella soportaba dulcemente y que me hacía sufrir mucho más. Decididamente, no comprendía yo a Daniel Brown, que lloraba con los bolsillos repletos.

—Usted, ¿es pobre?

Habíamos atravesado el salón y entrábamos en un angosto pasillo, oscuro y con un leve olor de humedad. Al trasponer la cortina gastada, mi acompañante volvió a preguntarme:

—Usted, ¿es muy pobre?

—En este día —le contesté—, las entradas al cine cuestan más baratas que de ordinario y, sin embargo, si supiera usted qué lucha para decidirme a gastar ese dinero. Paulina se ha empeñado en que viniera; precisamente por discutir con ella llegué tarde al cine.

—Entonces, un hombre que resuelve sus problemas tal como lo hizo Daniel, ¿qué concepto le merece?

—Es cosa de pensarlo. Mis asuntos marchan muy mal. Las personas ya no se cuidan de vestirse. Van de cualquier modo. Reparar sus trajes, los limpian, los arreglan una y otra vez. Paulina misma sabe entenderse muy bien. Hace combinaciones y añadidos, se improvisa trajes; lo cierto es que desde hace mucho tiempo no tiene un vestido nuevo.

—Le prometo hacerme su cliente —dijo mi interlocutor, compadecido—; en esta semana le encargaré un par de trajes.

—Gracias. Tenía razón Paulina al pedirme que viniera al cine; cuando sepa esto va a ponerse contenta.

—Podría hacer algo más por usted —añadió el nuevo cliente—; por ejemplo, me gustaría proponerle un negocio, hacerle una compra...

—Perdón —contesté con rapidez—, no tenemos ya nada para vender: lo último, unos aretes de Paulina...

—Piense usted bien, hay algo que quizás olvida...

Hice como que meditaba un poco. Hubo una pausa que mi benefactor interrumpió con voz extraña:

—Reflexione usted. Mire, allí tiene usted a Daniel Brown. Poco antes de que usted llegara, no tenía nada para vender, y, sin embargo...

Noté, de pronto, que el rostro de aquel hombre se hacía más agudo. La luz roja de un letrero puesto en la pared daba a sus ojos un fulgor extraño, como fuego. El advirtió mi turbación y dijo con voz clara y distinta:

—A estas alturas, señor mío, resulta por demás una presentación. Estoy completamente a sus órdenes.

Hice instintivamente la señal de la cruz con mi mano derecha, pero sin sacarla del bolsillo. Esto pareció quitar al signo su virtud, porque el diablo, componiendo el nudo de su corbata, dijo con toda calma:

—Aquí, en la cartera, llevo un documento que...

Yo estaba perplejo. Volví a ver a Paulina de pie en el umbral de la casa, con su traje gracioso y desteñido, en la actitud en que se hallaba cuando salí: el rostro inclinado y sonriente, las manos ocultas en los pequeños bolsillos de su delantal.

Pensé que nuestra fortuna estaba en mis manos. Esta noche apenas si teníamos algo para comer. Mañana habría manjares sobre la mesa. Y también vestidos y joyas, y una casa grande y hermosa. ¿El alma?

Mientras me hallaba sumido en tales pensamientos, el diablo había sacado un pliego crujiente y en una de sus manos brillaba una aguja.

«Daría cualquier cosa porque nada te faltara.» Esto lo había dicho yo muchas veces a mi mujer. Cualquier cosa. ¿El alma? Ahora estaba frente a mí el que podía hacer efectivas mis pal-

abras. Pero yo seguía meditando. Dudaba. Sentía una especie de vértigo. Bruscamente, me decidí:

—Trato hecho. Sólo pongo una condición.

El diablo, que ya trataba de pinchar mi brazo con su aguja, pareció desconcertado:

—¿Qué condición?

—Me gustaría ver el final de la película —contesté.

—¡Pero qué le importa a usted lo que ocurra a ese imbécil de Daniel Brown! Además, eso es un cuento. Déjelo usted y firme, el documento está en regla, sólo hace falta su firma, aquí sobre esta raya.

La voz del diablo era insinuante, ladina, como un sonido de monedas de oro. Añadió:

—Si usted gusta, puedo hacerle ahora mismo un anticipo.

Parecía un comerciante astuto. Yo repuse con energía:

—Necesito ver el final de la película. Después firmaré.

—¿Me da usted su palabra?

—Sí.

Entramos de nuevo en el salón. Yo no veía en absoluto, pero mi guía supo hallar fácilmente dos asientos.

En la pantalla, es decir, en la vida de Daniel Brown, se había operado un cambio sorprendente, debido a no sé qué misteriosas circunstancias.

Una casa campesina, destartalada y pobre. La mujer de Brown estaba junto al fuego, preparando la comida. Era el crepúsculo y Daniel volvía del campo con la azada al hombro. Sudoroso, fatigado, con su burdo traje lleno de polvo, parecía, sin embargo, dichoso.

Apoyado en la azada, permaneció junto a la puerta. Su mujer se le acercó, sonriendo. Los dos contemplaron el día que se acababa dulcemente, prometiéndose la paz y el descanso de la noche. Daniel miró con ternura a su esposa, y recorriendo luego con los ojos la limpia pobreza de la casa, preguntó:

—Pero, ¿no echas tú de menos nuestra pasada riqueza? ¿Es que no te hacen falta todas las cosas que teníamos?

La mujer respondió lentamente:

—Tu alma vale más que todo eso, Daniel...

El rostro del campesino se fue iluminando, su sonrisa parecía extenderse, llenar toda la casa, salir del paisaje. Una música surgió de esa sonrisa y parecía disolver poco a poco las imágenes. Entonces, de la casa dichosa y pobre de Daniel Brown brotaron tres letras blancas que fueron creciendo, creciendo, hasta llenar toda la pantalla.

Sin saber cómo, me hallé de pronto en medio del tumulto que salía de la sala, empujando, atropellando, abriéndome paso con violencia. Alguien me cogió de un brazo y trató de sujetarme. Con gran energía me solté, y pronto salí a la calle.

Era de noche. Me puse a caminar de prisa, cada vez más de prisa, hasta que acabé por echar a correr. No volví la cabeza ni me detuve hasta que llegué a mi casa. Entré lo más tranquilamente que pude y cerré la puerta con cuidado.

Paulina me esperaba.

Echándome los brazos al cuello, me dijo:

—Pareces agitado.

—No, nada, es que...

—¿No te ha gustado la película?

—Sí, pero...

Yo me hallaba turbado. Me llevé las manos a los ojos. Paulina se quedó mirándome, y luego, sin poderse contener, comenzó a reír; a reír alegremente de mí, que deslumbrado y confuso me había quedado sin saber qué decir. En medio de su risa, exclamó con festivo reproche:

—¿Es posible que te hayas dormido?

Estas palabras me tranquilizaron. Me señalaron un rumbo. Como avergonzado, contesté:

—Es verdad, me he dormido.

Y luego, en son de disculpa, añadí:

—Tuve un sueño, y voy a contártelo.

Cuando acabé mi relato, Paulina me dijo que era la mejor película que yo podía haberle contado. Parecía contenta y se rió mucho.

Sin embargo, cuando yo me acostaba, pude ver cómo ella, sigilosamente, trazaba con un poco de ceniza la señal de la cruz sobre el umbral de nuestra casa.

LA MIGALA

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Peor que el desprecio y la conmiseración brillando de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar. Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a la casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de aquella caja iba el infierno personal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque

el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la aralia sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto. Pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme en la cama. A veces el silencio de la noche me trae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la casa. He llegado a pensar también que acaso estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa migala. Tal vez el saltimbanqui me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.

Pero en realidad esto no tiene importancia, porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. En las horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la migala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía imposible.

PARÁBOLA DEL TRUEQUE

Al grito de «¡Cambio esposas viejas por nuevas!» el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su convoy de pintados carromatos.

Las transacciones fueron muy rápidas, a base de unos precios inexorablemente fijos. Los interesados recibieron pruebas de calidad y certificados de garantía, pero nadie pudo escoger. Las mujeres, según el comerciante, eran de veinticuatro quilates. Todas rubias y todas circasianas. Y más que rubias, doradas como candeleros.

Al ver la adquisición de su vecino, los hombres corrían desahorados en pos del traficante. Muchos quedaron arruinados. Sólo un recién casado pudo hacer cambio a la par. Su esposa estaba flamante y no desmerecía ante ninguna de las extranjeras. Pero no era tan rubia como ellas.

Yo me quedé temblando detrás de la ventana, al paso de un carro suntuoso. Recostada entre almohadones y cortinas, una mujer que parecía un leopardo me miró deslumbrante, como desde un bloque de topacio. Presa de aquel contagioso frenesí, estuve a punto de estrellarme contra los vidrios. Avergonzado, me aparté de la ventana y volví el rostro para mirar a Sofía.

Ella estaba tranquila, bordando sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre. Ajena al tumulto, ensartó la aguja con sus dedos seguros. Sólo yo que la conozco podía advertir su tenue, imperceptible palidez. Al final de la calle, el mercader lanzó por último la turbadora proclama: «¡Cambio esposas viejas por nuevas!». Pero yo me quedé con los pies clavados en el suelo, cerrando los oídos a la oportunidad definitiva. Afuera, el pueblo respiraba una atmósfera de escándalo.

Sofía y yo cenamos sin decir una palabra, incapaces de cualquier comentario.

—¿Por qué no me cambiaste por otra? —me dijo al fin, llevándose los platos.

No pude contestarle, y los dos caímos más hondo en el vacío. Nos acostamos temprano, pero no podíamos dormir. Separados y silenciosos, esa noche hicimos un papel de convidados de piedra.

Desde entonces vivimos en una pequeña isla desierta, rodeados por la felicidad tempestuosa. El pueblo parecía un gallinero infestado de pavos reales. Indolentes y voluptuosas, las mujeres pasaban todo el día echadas en la cama. Surgían al atardecer, resplandecientes a los rayos del sol, como sedosas banderas amarillas.

Ni un momento se separaban de ellas los maridos complacientes y sumisos. Obstinados en la miel, descuidaban su trabajo sin pensar en el día de mañana.

Yo pasé por tonto a los ojos del vecindario, y perdí los pocos amigos que tenía. Todos pensaron que quise darles una lección, poniendo el ejemplo absurdo de la fidelidad. Me señalaban con el dedo, riéndose, lanzándome pullas desde sus opulentas trincheras. Me pusieron sobrenombres obscenos, y yo acabé por sentirme como una especie de eunuco en aquel edén placentero.

Por su parte, Sofía se volvió cada vez más silenciosa y retraída. Se negaba a salir a la calle conmigo, para evitarme contrastes y comparaciones. Y lo que es peor, cumplía de mala gana con sus más estrictos deberes de casada. A decir verdad, los dos nos sentíamos apenados de unos amores tan modestamente conyugales.

Su aire de culpabilidad era lo que más me ofendía. Se sintió responsable de que yo no tuviera una mujer como las de otros. Se puso a pensar desde el primer momento que su humilde semblante de todos los días era incapaz de apartar la imagen de la tentación que yo llevaba en la cabeza. Ante la hermosura invasora, se batió en retirada hasta los últimos rincones del mudo

resentimiento. Yo agoté en vano nuestras pequeñas economías, comprándole adornos, perfumes, alhajas y vestidos.

—¡No me tengas lástima!

Y volvía la espalda a todos los regalos. Si me esforzaba en mirarla, venía su respuesta entre lágrimas:

—¡Nunca te perdonaré que no me hayas cambiado!

Y me echaba la culpa de todo. Yo perdía la paciencia. Y recordando a la que parecía un leopardo, deseaba de todo corazón que volviera a pasar el mercader.

Pero un día las rubias comenzaron a oxidarse. La pequeña isla en que vivíamos recobró su calidad de oasis, rodeada por el desierto. Un desierto hostil, lleno de salvajes alaridos de descontento. Deslumbrados a primera vista, los hombres no pusieron realmente atención en las mujeres. Ni les echaron una buena mirada, ni se les ocurrió ensayar su metal. Lejos de ser nuevas, eran de segunda, de tercera, de sabe Dios cuántas manos... El mercader les hizo sencillamente algunas reparaciones indispensables, y les dio un baño de oro tan bajo y tan delgado, que no resistió la prueba de las primeras lluvias.

El primer hombre que notó algo extraño se hizo el desentendido, y el segundo también. Pero el tercero, que era farmacéutico, advirtió un día entre el aroma de su mujer, la característica emanación del sulfato de cobre. Procediendo con alarma a un examen minucioso, halló manchas oscuras en la superficie de la señora y puso el grito en el cielo.

Muy pronto aquellos lunares salieron a la cara de todas, como si entre las mujeres brotara una epidemia de herrumbre. Los maridos se ocultaron unos a otros las fallas de sus esposas, atormen-tándose en secreto con terribles sospechas acerca de su procedencia. Poco a poco salió a relucir la verdad, y cada quien supo que había recibido una mujer falsificada.

El recién casado que se dejó llevar por la corriente del entusiasmo que despertaron los cambios, cayó en un profundo

abatimiento. Obsesionado por el recuerdo de un cuerpo de blancura inequívoca, pronto dio muestras de extravío. Un día se puso a remover con ácidos corrosivos los restos de oro que había en el cuerpo de su esposa, y la dejó hecha una lástima, una verdadera momia.

Sofía y yo nos encontramos a merced de la envidia y del odio. Ante esa actitud general, creí conveniente tomar algunas precauciones. Pero a Sofía le costaba trabajo disimular su júbilo, y dio en salir a la calle con sus mejores atavíos, haciendo gala entre tanta desolación. Lejos de atribuir algún mérito a mi conducta, Sofía pensaba naturalmente que yo me había quedado con ella por cobarde, pero que no me faltaron las ganas de cambiarla.

Hoy salió del pueblo la expedición de los maridos engañados, que van en busca del mercader. Ha sido verdaderamente un triste espectáculo. Los hombres levantaban al cielo los puños, jurando venganza. Las mujeres iban de luto, lacias y desgrefnadas, como plañideras leprosas. El único que se quedó es el famoso recién casado, por cuya razón se teme. Dando pruebas de un apego maníático, dice que ahora será fiel hasta que la muerte lo separe de la mujer ennegrecida, ésa que él mismo acabó de estropear a base de ácido sulfúrico.

Yo no sé la vida que me aguarda al lado de una Sofía quién sabe si necia o si prudente. Por lo pronto, le van a faltar admiradores. Ahora estamos en una isla verdadera, rodeada de soledad por todas partes. Antes de irse, los maridos declararon que buscarán hasta el infierno los rastros del estafador. Y realmente, todos ponían al decirlo una cara de condenados.

Sofía no es tan morena como parece. A la luz de la lámpara, su rostro dormido se va llenando de reflejos. Como si del sueño le salieran leves, dorados pensamientos de orgullo.

CARTA A UN ZAPATERO QUE COMPUSO MAL UNOS ZAPATOS

Estimable señor:

Como he pagado a usted tranquilamente el dinero que me cobró por reparar mis zapatos, le va a extrañar sin duda la carta que me veo precisado a dirigirle.

En un principio no me di cuenta del desastre ocurrido. Recibí mis zapatos muy contento, asegurándoles una larga vida, satisfecho por la economía que acababa de realizar: por unos cuantos pesos, un nuevo par de calzado. (Estas fueron precisamente sus palabras y puedo repetirlas.)

Pero mi entusiasmo se acabó muy pronto. Llegado a casa examiné detenidamente mis zapatos. Los encontré un poco deformes, un tanto duros y resecos. No quise conceder mayor importancia a esta metamorfosis. Soy razonable. Unos zapatos remontados tienen algo de extraño, ofrecen una nueva fisonomía, casi siempre deprimente.

Aquí es preciso recordar que mis zapatos no se hallaban completamente arruinados. Usted mismo les dedicó frases elogiosas por la calidad de sus materiales y por su perfecta hechura. Hasta puso muy alto su marca de fábrica. Me prometió, en suma, un calzado flamante.

Pues bien: no pude esperar hasta el día siguiente y me descalcé para comprobar sus promesas. Y aquí estoy, con los pies doloridos, dirigiendo a usted una carta, en lugar de transferirle las palabras violentas que suscitaron mis esfuerzos infructuosos.

Mis pies no pudieron entrar en los zapatos. Como los de todas las personas, mis pies están hechos de una materia blanda y sensible. Me encontré ante unos zapatos de hierro. No sé cómo ni con qué artes se las arregló usted para dejar mis zapatos inservibles. Allí están, en un rincón, guiñándome burlonamente con sus puntas torcidas.

Cuando todos mis esfuerzos fallaron, me puse a considerar cuidadosamente el trabajo que usted había realizado. Debo advertir a usted que carezco de toda instrucción en materia de calzado. Lo único que sé es que hay zapatos que me han hecho sufrir, y otros, en cambio, que recuerdo con ternura: así de suaves y flexibles eran.

Los que le di a componer eran unos zapatos admirables que me habían servido fielmente durante muchos meses. Mis pies se hallaban en ellos como pez en el agua. Más que zapatos, parecían ser parte de mi propio cuerpo, una especie de envoltura protectora que daba a mi paso firmeza y seguridad. Su piel era en realidad una piel mía, saludable y resistente. Sólo que daban ya muestras de fatiga. Las suelas sobre todo: unos amplios y profundos adelgazamientos me hicieron ver que los zapatos se iban haciendo extraños a mi persona, que se acababan. Cuando se los llevé a usted, iban ya a dejar ver los calcetines.

También habría que decir algo acerca de los tacones: piso defectuosamente, y los tacones mostraban huellas demasiado claras de este antiguo vicio que no he podido corregir.

Quise, con espíritu ambicioso, prolongar la vida de mis zapatos. Esta ambición no me parece censurable: al contrario, es señal de modestia y entraña una cierta humildad. En vez de tirar mis zapatos, estuve dispuesto a usarlos durante una segunda época, menos brillante y lujosa que la primera. Además, esta costumbre que tenemos las personas modestas de renovar el calzado es, si no me equivoco, el *modus vivendi* de las personas como usted.

Debo decir que del examen que practiqué a su trabajo de reparación he sacado muy feas conclusiones. Por ejemplo, la de que usted no ama su oficio. Si usted, dejando aparte todo resentimiento, viene a mi casa y se pone a contemplar mis zapatos, ha de darme toda la razón. Mire usted qué costuras: ni un ciego podía haberlas hecho tan mal. La piel está cortada con inexplicable descuido: los bordes de las suelas son irregulares y ofrecen peligrosas aristas. Con toda seguridad, usted carece de hormas en su taller, pues mis zapatos ofrecen un aspecto indefinible. Recuerde usted, gastados y todo, conservaban ciertas líneas estéticas. Y ahora...

Pero introduzca usted su mano dentro de ellos. Palpará usted una caverna siniestra. El pie tendrá que transformarse en reptil para entrar. Y de pronto un tope; algo así como un quicio de cemento poco antes de llegar a la punta. ¿Es posible? Mis pies, señor zapatero, tienen forma de pies, son como los suyos, si es que acaso usted tiene extremidades humanas.

Pero basta ya. Le decía que usted no le tiene amor a su oficio y es cierto. Es también muy triste para usted y peligroso para sus clientes, que por cierto no tienen dinero para derrochar.

A propósito: no hablo movido por el interés. Soy pobre pero no soy mezquino. Esta carta no intenta abonarse la cantidad que yo le pagué por su obra de destrucción. Nada de eso. Le escribo sencillamente para exhortarle a amar su propio trabajo. Le cuento la tragedia de mis zapatos para infundirle respeto por ese oficio que la vida ha puesto en sus manos; por ese oficio que usted aprendió con alegría en un día de juventud... Perdón; usted es todavía joven. Cuando menos, tiene tiempo para volver a comenzar, si es que ya olvidó cómo se repara un par de calzado.

Nos hacen falta buenos artesanos, que vuelvan a ser los de antes; que no trabajen solamente para obtener el dinero de los clientes, sino para poner en práctica las sagradas leyes del trabajo. Esas leyes que han quedado irremisiblemente burladas en mis zapatos.

Quisiera hablarle del artesano de mi pueblo, que remendó con dedicación y esmero mis zapatos infantiles. Pero esta carta no debe catequizar a usted con ejemplos.

Sólo quiero decirle una cosa: si usted, en vez de irritarse, siente que algo nace en su corazón y llega como un reproche hasta sus manos, venga a mi casa y recoja mis zapatos, intente en ellos una segunda operación, y todas las cosas quedarán en su sitio.

Yo le prometo que si mis pies logran entrar en los zapatos, le escribiré una hermosa carta de gratitud, presentándolo en ella como hombre cumplido y modelo de artesanos.

Soy sinceramente su servidor.

INTERVIEW

Finalmente, a los lectores les gustaría saber en qué trabaja usted por ahora. ¿Podría decirlo?

—Anoche se me ocurrió algo, pero no sé, no sé...

—Dígalo usted de todas maneras.

—Se trata de algo así como una ballena. Es la esposa de un joven poeta, digamos, de un hombre común y corriente.

—¡Ah, ya! La ballena que se comió a Jonás.

—Sí, sí, pero no sólo a Jonás. Es una especie de ballena total que lleva dentro de sí a todos los peces que se han ido comiendo uno a otro, claro, siempre el más grande al más chico, y comienzan por el microscópico infusorio.

—¡Muy bien, muy bien! Yo también pensaba de niño en un animal así, pero creo que era más bien un canguro cuya bolsa...

—Bueno, en realidad no tendría yo inconveniente en cambiar la imagen de la ballena por la del canguro. Me simpatizan los canguros, con esa gran bolsa en que bien puede caber el mundo. Sólo que, sabe usted, tratándose de la esposa de un joven poeta, es mucho más sugerente la imagen de la ballena. Una ballena azul, si usted prefiere, para no dejar a un lado la galantería.

—¿Y cómo nació en usted tal idea?

—Es dádiva del mismo poeta, esposo de la ballena.

—¿Cómo es eso?

—En uno de sus poemas más bellos se concibe a sí mismo como una rémora pequeñita adherida al cuerpo de la gran ballena nocturna, la esposa dormida que lo conduce en su sueño. Esa enorme ballena femenina es más o menos el mundo, del cual el

poeta sólo puede cantar un fragmento, un trozo de la dulce piel que lo sustenta.

—Me temo que sus palabras desconcierten a nuestros lectores. Y el señor director, usted sabe...

—En tal caso, dé usted un giro tranquilizador a mis ideas. Diga sencillamente que a todos, a usted y a mí, a los lectores del periódico y al señor director, nos ha tragado la ballena. Que vivimos en sus entrañas, que nos digiere lentamente y que poco a poco nos va arrojando hacia la nada...

—¡Bravo! No diga usted más; es perfecto, y muy dentro del estilo de nuestro periódico. Por último ¿podría cedernos una fotografía suya?

—No. Prefiero dar a usted una vista panorámica de la ballena. Allí estamos todos. Con un poco de cuidado se me puede distinguir muy bien —no recuerdo exactamente dónde— envuelto en un pequeño resplandor.

EL SILENCIO DE DIOS

Creo que esto no se acostumbra: dejar cartas abiertas sobre la mesa para que Dios las lea.

Perseguido por días veloces, acosado por ideas tenaces, he venido a parar en esta noche como a una punta de callejón sombrío. Noche puesta a mis espaldas como un muro y abierta frente a mí como una pregunta inagotable.

Las circunstancias me piden un acto desesperado y pongo esta carta delante de los ojos que lo ven todo. He retrocedido desde la infancia, aplazando siempre esta hora en que caigo por fin. No trato de aparecer ante nadie como el más atribulado de los hombres. Nada de eso. Cerca o lejos debe haber otros que también han sido acorralados en noches como esta. Pero yo pregunto: ¿cómo han hecho para seguir viviendo? ¿Han salido siquiera con vida de la travesía?

Necesito hablar y confiarme; no tengo destinatario para mi mensaje de naufrago. Quiero creer que alguien va a recogerlo, que mi carta no flotarà en el vacío, abierta y sola, como sobre un mar inexorable.

¿Es poco un alma que se pierde? Millares caen sin cesar, faltas de apoyo, desde el día en que se alzan para pedir las claves de la vida. Pero yo no quiero saberlas, no pretendo que caigan en mis manos las razones del universo. No voy a buscar en esta hora de sombra lo que no hallaron en espacios de luz los sabios y los santos. Mi necesidad es breve y personal.

Quiero ser bueno y solícito unos informes. Eso es todo. Estoy balanceado en un vértigo de incertidumbre, y mi mano, que sale por último a la superficie, no encuentra una

brizna para detenerse. Y es poco lo que me falta, sencillo el dato que necesito.

Desde hace algún tiempo he venido dando un cierto rumbo a mis acciones, una orientación que me ha parecido razonable, y estoy alarmado. Temo ser víctima de una equivocación, porque todo, hasta la fecha, me ha salido muy mal.

Me siento sumamente defraudado al comprobar que mis fórmulas de bondad producen siempre un resultado explosivo. Mis balanzas funcionan mal. Hay algo que me impide elegir con claridad los ingredientes del bien. Siempre se adhiere una partícula maligna y el producto estalla en mis manos.

¿Es que estoy incapacitado para la elaboración del bien? Me dolería reconocerlo, pero soy capaz de aprendizaje.

No sé si a todos les sucede lo mismo. Yo paso la vida cortejado por un afable demonio que delicadamente me sugiere maldades. No sé si tiene una autorización divina: lo cierto es que no me deja en paz ni un momento. Sabe dar a la tentación atractivos insuperables. Es agudo y oportuno. Como un prestidigitador, saca cosas horribles de los objetos más inocentes y está siempre provisto de extensas series de malos pensamientos que proyecta en la imaginación como rollos de película. Lo digo con toda sinceridad: nunca voy al mal con pasos deliberados; él facilita los trayectos, pone todos los caminos en declive. Es el saboteador de mi vida.

Por si a alguien le interesa, consigno aquí el primer dato de mi biografía moral: un día en la escuela, en los primeros años, la vida me puso en contacto con unos niños que sabían cosas secretas, atrayentes, que participaban con misterio.

Naturalmente, no me cuento entre los niños felices. Un alma infantil que guarda pesados secretos es algo que vuela mal, es un ángel lastrado que no puede tomar altura. Mis días de niño, que decoraron suaves paisajes, ostentan a menudo manchas deplorables. El maligno, con apariciones puntuales de fantasma, daba a

mis sueños un giro de pesadilla y puso en los recuerdos pueriles un sabor punzante y crimoso.

Cuando supe que Dios miraba todos mis actos traté de esconderle los malos por oscuros rincones. Pero al fin, siguiendo la indicación de personas mayores, mostré abiertos mis secretos para que fueran examinados en tribunal. Supe que entre Dios y yo había intermediarios, y durante mucho tiempo tramité por su conducto mis asuntos, hasta que un mal día, pasada la niñez, pretendí atenderlos personalmente.

Entonces se suscitaron problemas cuyo examen fue siempre aplazado. Empecé a retroceder ante ellos, a huir de su amenaza, a vivir días y días cerrando los ojos, dejando al bien y al mal que hicieran conjuntamente su trabajo. Hasta que una vez, volviendo a mirar, tomé el partido de uno de los dos trabados contendientes.

Con ánimo caballeresco, me puse al lado del más débil. Aquí está el resultado de nuestra alianza:

Hemos perdido todas las batallas. De todos los encuentros con el enemigo salimos invariablemente apaleados y aquí estamos, batiéndonos otra vez en retirada durante esta noche memorable.

¿Por qué es el bien tan indefenso? ¿Por qué tan pronto se derrumba? Apenas se elaboran cuidadosamente unas horas de fortaleza, cuando el golpe de un minuto viene a echar abajo toda la estructura. Cada noche me encuentro aplastado por los escombros de un día destruido, de un día que fue bello y amorosamente edificado.

Siento que una vez no me levantaré más, que decidiré vivir entre ruinas, como una lagartija. Ahora, por ejemplo, mis manos están cansadas para el trabajo de mañana. Y si no viene el sueño, siquiera el sueño como una pequeña muerte para saldar la cuenta pesadosa de este día, en vano esperaré mi resurrección. Dejaré que fuerzas oscuras vivan en mi alma y la empujen, en barrena, hacia una caída acelerada.

Pero también pregunto: ¿se puede vivir para el mal? ¿Cómo se consuelan los malos de no sentir en su corazón el ansia tumultuosa del bien? Y si detrás de cada acto malévolamente se esconde un ejército de castigo, ¿cómo hacen para defenderse? Por mi parte, he perdido siempre esa lucha, y bandas de remordimiento me persiguen como espadachines hasta el callejón de esta noche.

Muchas veces he revistado con satisfacción un cierto grupo de actos bien disciplinados y casi victoriosos, y ha bastado el menor recuerdo enemigo para ponerlos en fuga. Me veo precisado a reconocer que muchas veces soy bueno sólo porque me faltan oportunidades aceptables de ser malo, y recuerdo con amargura hasta dónde pude llegar en las ocasiones en que el mal puso todos sus atractivos a mi alcance.

Entonces, para conducir el alma que me ha sido otorgada, pido, con la voz más urgente, un dato, un signo, una brújula.

El espectáculo del mundo me ha desorientado. Sobre él desemboca al azar y lo confunde todo. No hay lugar para recoger una serie de hechos y confrontarlos. La experiencia va brotando siempre detrás de nuestros actos, inútil como una moraleja.

Veo a los hombres en torno de mí, llevando vidas ocultas, inexplicables. Veo a los niños que beben voces contaminadas, y a la vida como nodriza criminal que los alimenta de venenos. Veo pueblos que disputan las palabras eternas, que se dicen predilectos y elegidos. A través de los siglos, se ven hordas de sanguinarios y de imbéciles; y de pronto, aquí y allá, un alma que parece señalada con un sello divino.

Miro a los animales que soportan dulcemente su destino y que viven bajo normas distintas; a los vegetales que se consumen después de una vida misteriosa y pujante, y a los minerales duros y silenciosos.

Enigmas sin cesar caen en mi corazón, cerrados como semillas que una savia interior hace crecer.

De cada una de las huellas que la mano de Dios ha dejado sobre la tierra, distingo y sigo el rastro. Pongo agudamente el oído en el rumor informe de la noche, me inclino al silencio que se abre de pronto y que un sonido interrumpe. Espío y trato de ir hasta el fondo, de embarcarme al conjunto, de sumarme en el todo. Pero quedo siempre aislado; ignorante, individual, siempre a la orilla.

Desde la orilla entonces, desde el embarcadero, dirijo esta carta que va a perderse en el silencio...

Efectivamente, tu carta ha ido a dar al silencio. Pero sucede que yo me encontraba allí en tales momentos. Las galerías del silencio son muy extensas y hacía mucho que no las visitaba.

Desde el principio del mundo vienen a parar aquí todas esas cosas. Hay una legión de ángeles especializados que se ocupan en transmitir los mensajes de la Tierra. Después de que son cuidadosamente clasificados, se guardan en unos ficheros dispuestos a lo largo del silencio.

No te sorprendas porque contesto una carta que según la costumbre debería quedar archivada para siempre. Como tú mismo has pedido, no voy a poner en tus manos los secretos del universo, sino a darte unas cuantas indicaciones de provecho. Creo que serás lo suficientemente sensato para no juzgar que me tienes de tu parte, ni hay razón alguna para que vayas a conducirte desde mañana como un iluminado.

Por lo demás, mi carta va escrita con palabras. Material evidentemente humano, mi intervención no deja en ellas rastro; acostumbrado al manejo de cosas más espaciosas, estos pequeños signos, resbaladizos como guijarros, resultan poco adecuados para mí. Para expresarme adecuadamente, debería emplear un lenguaje condicionado a mi sustancia. Pero volveríamos a nuestras eternas posiciones y tú quedarías sin entenderme. Así pues, no busques en mis frases atributos excelsos: son tus propias palabras, incoloras y naturalmente humildes que yo ejercito sin experiencia.

Hay en tu carta un acento que me gusta. Acostumbrado a oír solamente recriminaciones o plegarias, tu voz tiene un timbre de novedad. El contenido es viejo, pero hay en ella sinceridad, una lamentación de hijo doliente y una falta de altanería.

Comprende que los hombres se dirigen a mí de dos modos: bien el éxtasis del santo, bien las blasfemias del ateo. La mayoría utiliza también para llegar hasta aquí un lenguaje sistematizado en oraciones mecánicas que generalmente dan en el vacío, excepto cuando el alma conmovida las reviste de nueva emoción.

Tú hablas tranquilamente y sólo te podría reprochar el que hayas dicho con tanta formalidad que tu carta iba a dar al silencio, como si lo supieras de antemano. Fue una casualidad que yo me encontrara allí cuando acababas de escribir. Si retardo un poco mi visita, cuando leyera tus apasionadas palabras tal vez ya no existiría sobre la tierra ni el polvo de tus huesos.

Quiero que veas al mundo tal cual yo lo contemplo: como un grandioso experimento. Hasta ahora los resultados no son muy claros, y confieso que los hombres han destruido mucho más de lo que yo había presupuesto. Pienso que no sería difícil que acabaran con todo. Y esto, gracias a un poco de libertad mal empleada.

Tú apenas rozas problemas que yo examino a fondo con amargura. Hay el dolor de todos los hombres, el de los niños, el de los animales que se les parecen tanto en su pureza. Veo sufrir a los niños y me gustaría salvarlos para siempre: evitar que lleguen a ser hombres. Pero debo esperar todavía un poco más, y espero confiadamente.

Si tú tampoco puedes soportar la brizna de libertad que llevas contigo, cambia la posición de tu alma y sé solamente pasivo, humilde. Acepta con emoción lo que la vida ponga en tus manos y no intentes los frutos celestes; no vengas tan lejos.

Respecto a la brújula que pides, debo aclararte que te he puesto una quién sabe dónde, y que no puedo darte otra. Recuerda que lo que yo podía darte ya te lo he concedido.

Quizás te convendría reposar en alguna religión. Esto también lo dejo a tu criterio. Yo no puedo recomendarte alguna de ellas porque soy el menos indicado para hacerlo. De todos modos, piénsalo y decídete si hay dentro de ti una voz profunda que lo solicita.

Lo que sí te recomiendo, y lo hago muy ampliamente, es que en lugar de ocuparte en investigaciones amargas, te dediques a observar más bien el pequeño cosmos que te rodea. Registra con cuidado los milagros cotidianos y acoge en tu corazón a la belleza. Recibe sus mensajes inefables y tradúcelos en tu lengua.

Creo que te falta actividad y que todavía no has penetrado en el profundo sentido del trabajo. Deberías buscar alguna ocupación que satisfaga a tus necesidades y que te deje solamente algunas horas libres. Toma esto con la mayor atención, es un consejo que te conviene mucho. Al final de un día laborioso no suele encontrarse uno con noches como esta, que por fortuna estás acabando de pasar profundamente dormido.

En tu lugar, yo me buscaría una colocación de jardinero o cultivaría por mi cuenta un prado de hortalizas. Con las flores que habría en él, y con las mariposas que irán a visitarlas, tendría suficiente para alegrar mi vida.

Si te sientes muy solo, busca la compañía de otras almas, y frecuéntala, pero no olvides que cada alma está especialmente construida para la soledad.

Me gustaría ver otras cartas sobre tu mesa. Escríbeme, si es que renuncias a tratar cosas desagradables. Hay tantos temas de qué hablar, que seguramente tu vida alcanzará para muy pocos. Escojamos los más hermosos.

En vez de firma, y para acreditar esta carta (no pienses que la estás soñando), te voy a ofrecer una cosa: me manifestaré a ti du-

rante el día, de un modo en que puedas fácilmente reconocerme, por ejemplo... Pero no, tú solo, sólo tú habrás de descubrirlo.

Él la perseguía a través de la biblioteca entre mesas, sillas y facistoles. Ella se escapaba hablando de los derechos de la mujer, infinitamente violados. Cinco mil años absurdos los separaban. Durante cinco mil años ella había sido inexorablemente vejada, postergada, reducida a la esclavitud. Él trataba de justificarse por medio de una rápida y fragmentaria alabanza personal, dicha con frases entrecortadas y trémulos ademanes.

En vano buscaba él los textos que podían dar apoyo a sus teorías. La biblioteca, especializada en literatura española de los siglos XVI y XVII, era un dilatado arsenal enemigo, que glossaba el concepto del honor y algunas atrocidades por el estilo.

El joven citaba infatigablemente a J. J. Bachofen, el sabio que todas las mujeres debían leer, porque les ha devuelto la grandeza de su papel en la prehistoria. Si sus libros hubieran estado a mano, él habría puesto a la muchacha ante el cuadro de aquella civilización oscura, regida por la mujer cuando la tierra tenía en todas partes una recóndita humedad de entraña y el hombre trataba de alzarse de ella en palafitos.

Pero a la muchacha todas estas cosas la dejaban fría. Aquel período matriarcal, por desgracia no histórico y apenas comprobable, parecía aumentar su resentimiento. Se escapaba siempre de anaquel en anaquel, subía a veces a las escalerillas y abrumaba al joven bajo una lluvia de denuestos. Afortunadamente, en la derrota, algo acudió en auxilio del joven. Se acordó de pronto de Heinz Wölpe. Su voz adquirió citando a este autor un nuevo y poderoso acento.

«En el principio sólo había un sexo, evidentemente femenino, que se reproducía automáticamente. Un ser mediocre comenzó a surgir en forma esporádica, llevando una vida precaria y estéril frente a la maternidad formidable. Sin embargo, poco a poco fue apropiándose ciertos órganos esenciales. Hubo un momento en que se hizo imprescindible. La mujer se dio cuenta, demasiado tarde, de que le faltaba ya la mitad de sus elementos y tuvo necesidad de buscarlos en el hombre, que fue hombre en virtud de esa separación progresista y de ese regreso accidental a su punto de origen.»

La tesis de Wölpe sedujo a la muchacha. Miró al joven con ternura. «El hombre es un hijo que se ha portado mal con su madre a través de toda la historia», dijo casi con lágrimas en los ojos.

Lo perdonó a él, perdonando a todos los hombres. Su mirada perdió resplandores, bajó los ojos como una madona. Su boca, endurecida antes por el desprecio, se hizo blanda y dulce como un fruto. Él sentía brotar de sus manos y de sus labios caricias mitológicas. Se acercó a Eva temblando y Eva no huyó.

Y allí en la biblioteca, en aquel escenario complicado y negativo, al pie de los volúmenes de conceptuosa literatura, se inició el episodio milenario, a semejanza de la vida en los palafitos.

EL SOÑADO

Carezco de realidad, temo no interesar a nadie. Soy un guiñapo, un dependiente, un fantasma. Vivo entre temores y deseos; temores y deseos que me dan vida y que me matan. Ya he dicho que soy un guiñapo.

Yazgo en la sombra, en largos e incomprensibles olvidos. De pronto me obligan a salir a la luz, una luz ciega que casi me asegura la realidad. Pero luego se ocupan otra vez de ellos y me olvidan. De nuevo me pierdo en la sombra, gesticulando con ademanes cada vez más imprecisos, reducido a la nada, a la esterilidad.

La noche es mi mejor imperio. En vano trata de alejarme el esposo, crucificado en su pesadilla. A veces satisfago vagamente, con agitación y torpeza, el deseo de la mujer que se defiende soñando, encogida, y que al fin se entrega, larga y blanda como una almohada.

Vivo una vida precaria, dividida entre estos dos seres que se odian y se aman, que me hacen nacer como un hijo deforme. Sin embargo, soy hermoso y terrible. Destruyo la tranquilidad de la pareja o la enciendo con más cálido amor. A veces me coloco entre los dos y el íntimo abrazo me recobra, maravilloso. Él advierte mi presencia y se esfuerza en aniquilarme, en suplirme. Pero al fin, derrotado, exhausto, vuelve la espalda a la mujer, devorado por el rencor. Yo permanezco junto a ella, palpitante, y la ciño con mis brazos ausentes que poco a poco se disuelven en el sueño que siempre recuerda al despertar.

Debí comenzar diciendo que todavía no he acabado de nacer, que soy gestado lentamente, con angustia, en un largo y sum-

ergido proceso. Ellos maltratan con su amor, inconscientes, mi existencia de nonato.

Trabajan largamente mi vida entre sus pensamientos, manos torpes que se empeñan en modelarme, haciéndome y deshaciéndome, siempre insatisfechos.

Pero un día, cuando den por azar con mi forma definitiva, escaparé y podré soñarme yo mismo, vibrante de realidad. Se apartarán el uno del otro. Y yo abandonaré a la mujer y perseguiré al hombre. Y guardaré la puerta de su alcoba, blandiendo una espada flamígera.

EN VERDAD OS DIGO

Todas las personas interesadas en que el camello pase por el ojo de la aguja, deben inscribir su nombre en la lista de patrocinadores del experimento Niklaus.

Desprendido de un grupo de sabios mortíferos, de esos que manipulan el uranio, el cobalto y el hidrógeno, Arpad Niklaus deriva sus investigaciones actuales a un fin caritativo y radicalmente humanitario: la salvación del alma de los ricos.

Propone un plan científico para desintegrar un camello y hacerlo que pase en chorro de electrones por el ojo de una aguja. Un aparato receptor (muy semejante en principio a la pantalla de televisión) organizará los electrones en átomos, los átomos en moléculas y las moléculas en células, reconstruyendo inmediatamente el camello según su esquema primitivo. Niklaus ya logró cambiar de sitio, sin tocarla, una gota de agua pesada. También ha podido evaluar, hasta donde lo permite la discreción de la materia, la energía cuántica que dispara una pezuña de camello. Nos parece inútil abrumar aquí al lector con esa cifra astronómica.

La única dificultad sería en que tropieza el profesor Niklaus es la carencia de una planta atómica propia. Tales instalaciones, extensas como ciudades, son increíblemente caras. Pero un comité especial se ocupa ya en solventar el problema económico mediante una colecta universal. Las primeras aportaciones, todavía un poco tímidas, sirven para costear la edición de millares de folletos, bonos y prospectos explicativos, así como para asegurar al profesor Niklaus el modesto salario que le permite proseguir sus cálculos e investigaciones teóricas, en tanto se edifican los inmensos laboratorios.

En la hora presente, el comité sólo cuenta con el camello y la aguja. Como las sociedades protectoras de animales aprueban el proyecto, que es inofensivo y hasta saludable para cualquier camello (Niklaus habla de una probable regeneración de todas las células), los parques zoológicos del país han ofrecido una verdadera caravana. Nueva York no ha vacilado en exponer su famosísimo dromedario blanco.

Por lo que toca a la aguja, Arpad Niklaus se muestra muy orgulloso, y la considera piedra angular de la experiencia. No es una aguja cualquiera, sino un maravilloso objeto dado a luz por su laborioso talento. A primera vista podría ser confundida con una aguja común y corriente. La señora Niklaus, dando muestra de fino humor, se complace en zurcir con ella la ropa de su marido. Pero su valor es infinito. Está hecha de un portentoso metal todavía no clasificado, cuyo símbolo químico, apenas insinuado por Niklaus, parece dar a entender que se trata de un cuerpo compuesto exclusivamente de isótopos de níquel. Esta sustancia misteriosa ha dado mucho que pensar a los hombres de ciencia. No ha faltado quien sostenga la hipótesis risible de un osmio sintético o de un molibdeno aberrante, o quien se atreva a proclamar públicamente las palabras de un profesor envidioso que aseguró haber reconocido el metal de Niklaus bajo la forma de pequeñísimos grumos cristalinos enquistados en densas masas de siderita. Lo que se sabe a ciencia cierta es que la aguja de Niklaus puede resistir la fricción de un chorro de electrones a velocidad ultracósmica.

En una de esas explicaciones tan gratas a los abstrusos matemáticos, el profesor Niklaus compara el camello en tránsito con un hilo de araña. Nos dice que si aprovecháramos ese hilo para tejer una tela, nos haría falta todo el espacio sideral para extenderla, y que las estrellas visibles e invisibles quedarían allí prendidas como briznas de rocío. La madeja en cuestión mide millones de años luz, y Niklaus ofrece devanarla en unos tres quintos de segundo.

Como puede verse, el proyecto es del todo viable y hasta diríamos que peca de científico. Cuenta ya con la simpatía y el apoyo moral (todavía no confirmado oficialmente) de la Liga Interplanetaria que preside en Londres el eminente Olaf Stapledon.

En vista de la natural expectación y ansiedad que ha provocado en todas partes la oferta de Niklaus, el comité manifiesta un especial interés llamando la atención de todos los poderosos de la tierra, a fin de que no se dejen sorprender por los charlatanes que están pasando camellos muertos a través de sutiles orificios. Estos individuos, que no titubean en llamarse hombres de ciencia, son simples estafadores a caza de esperanzados incautos. Proceden de un modo sumamente vulgar, disolviendo el camello en soluciones cada vez más ligeras de ácido sulfúrico. Luego destilan el líquido por el ojo de la aguja, mediante una clepsidra de vapor, y creen haber realizado el milagro. Como puede verse, el experimento es inútil y de nada sirve financiarlo. El camello debe estar vivo antes y después del imposible traslado.

En vez de derretir toneladas de cirios y de gastar dinero en indescifrables obras de caridad, las personas interesadas en la vida eterna que posean un capital estorbo, deben patrocinar la desintegración del camello, que es científica, vistosa y en último término lucrativa. Hablar de generosidad en un caso semejante resulta del todo innecesario. Hay que cerrar los ojos y abrir la bolsa con amplitud, a sabiendas de que todos los gastos serán cubiertos a prorrata. El premio será igual para todos los contribuyentes: lo que urge es aproximar lo más que sea posible la fecha de entrega.

El monto del capital necesario no podrá ser conocido hasta el imprevisible final, y el profesor Niklaus, con toda honestidad, se niega a trabajar con un presupuesto que no sea fundamentalmente elástico. Los suscriptores deben cubrir con paciencia y durante años, sus cuotas de inversión. Hay necesidad de contratar millares de técnicos, gerentes y obreros. Deben fundarse subcomités regionales y nacionales. Y el estatuto de un colegio

de sucesores del profesor Niklaus, no tan sólo debe ser previsto, sino presupuesto en detalle, ya que la tentativa puede extenderse razonablemente durante varias generaciones. A este respecto no está de más señalar la edad propecta del sabio Niklaus.

Como todos los propósitos humanos, el experimento Niklaus ofrece dos probables resultados: el fracaso y el éxito. Además de simplificar el problema de la salvación personal, el éxito de Niklaus convertirá a los empresarios de tan mística experiencia en accionistas de una fabulosa compañía de transportes. Será muy fácil desarrollar la desintegración de los seres humanos de un modo práctico y económico. Los hombres del mañana viajarán a través de grandes distancias, en un instante y sin peligro, disueltos en ráfagas electrónicas.

Pero la posibilidad de un fracaso es todavía más halagadora. Si Arpad Niklaus es un fabricante de quimeras y a su muerte le sigue toda una estirpe de impostores, su obra humanitaria no hará sino aumentar en grandeza, como una progresión geométrica, o como el tejido de pollo cultivado por Carrel. Nada impedirá que pase a la historia como el glorioso fundador de la desintegración universal de capitales. Y los ricos, empobrecidos en serie por las agotadoras inversiones, entrarán fácilmente al reino de los cielos por la puerta estrecha (el ojo de la aguja), aunque el camello no pase.

EL GUARDAGUJAS

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña, que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, que le preguntó con ansiedad:

—Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora las cosas por completo. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros —y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátelo por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias abarcan y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones. Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.

—Pero, ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?

—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo mediante dos rayas. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.

—¿Me llevará ese tren a T.?

—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente un rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?

—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?

—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos

los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...

—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...

—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario, cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.

—Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?

—Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.

—¿Cómo es eso?

—En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas. Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero lujosamente embalsamado en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles, allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.

—¡Santo Dios!

—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.

—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!

—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. Recientemente, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba el puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia suplementaria.

—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!

—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedirselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado

larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.

—¿Y la policía no interviene?

—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de esa ayuda todo lo que llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero una vez en el tren, ¿está uno a cubierto de nuevas contingencias?

—Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante. Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero

son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Viene un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: «Hemos llegado a T.». Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

—¿Qué está usted diciendo?

En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más, pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber adónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

—Yo, señor, sólo soy guardagujas¹. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado, y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F., cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que descendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres: «Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual», dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia.

Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lotes selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted pasar sus últimos días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo sonriente hizo un guiño y se quedó mirando al viajero, lleno de bondad y de picardía. En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice que se llama?

—¡X! —contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

CORRIDO

Hay en Zapotlán una plaza que le dicen de Ameca, quién sabe por qué. Una calle ancha y empedrada se da contra un testerazo, partiéndose en dos. Por allí desemboca el pueblo en sus campos de maíz.

Así es la Plazuela de Ameca, con su esquina ochavada y sus casas de grandes portones. Y en ella se encontraron una tarde, hace mucho, dos rivales de ocasión. Pero hubo una muchacha de por medio.

La Plazuela de Ameca es tránsito de carretas. Y las ruedas muelen la tierra de los baches, hasta hacerla finita, finita. Un polvo de tepetate que arde en los ojos, cuando el viento sopla. Y allí había, hasta hace poco, un hidrante. Un caño de agua de dos pajas, con su llave de bronce y su pileta de piedra.

La que primero llegó fue la muchacha con su cántaro rojo, por la ancha calle que se parte en dos. Los rivales caminaban frente a ella, por las calles de los lados, sin saber que se darían un tope en el testerazo. Ellos y la muchacha parecía que iban de acuerdo con el destino, cada uno por su calle.

La muchacha iba por agua y abrió la llave. En ese momento los dos hombres quedaron al descubierto, sabiéndose interesados en lo mismo. Allí se acabó la calle de cada quien, y ninguno quiso dar paso adelante. La mirada que se echaron fue poniéndose tirante, y ninguno bajaba la vista.

—Oiga amigo, qué me mira.

—La vista es muy natural.

Tal parece que así se dijeron, sin hablar. La mirada lo estaba diciendo todo. Y ni un ai te va, ni ai te viene. En la plaza

que los vecinos dejaron desierta como adrede, la cosa iba a comenzar.

El chorro de agua, al mismo tiempo que el cántaro, los estaba llenando de ganas de pelear. Era lo único que estorbaba aquel silencio tan entero. La muchacha cerró la llave dándose cuenta cuando ya el agua se derramaba. Se echó el cántaro al hombro, casi corriendo con susto.

Los que la quisieron estaban en el último suspenso, como los gallos todavía sin soltar, embebidos uno y otro en los puntos negros de sus ojos. Al subir la banqueta del otro lado, la muchacha dio un mal paso y el cántaro y el agua se hicieron trizas en el suelo.

Ésa fue la merita señal. Uno con daga, pero así de grande, y otro con machete costeño. Y se dieron de cuchillazos, sacándose el golpe un poco con el sarape. De la muchacha no quedó más que la mancha de agua, y allí están los dos peleando por los destrozos del cántaro.

Los dos eran buenos, y los dos se dieron en la madre. En aquella tarde que se iba y se detuvo. Los dos se quedaron allí boca-riba, quién degollado y quién con la cabeza partida. Como los gallos buenos, que nomás a uno le queda tantito resuello.

Muchas gentes vinieron después, a la nochecita. Mujeres que se pusieron a rezar y hombres que dizque iban a dar parte. Uno de los muertos todavía alcanzó a decir algo: preguntó que si también al otro se lo había llevado la tiznada.

Después se supo que hubo una muchacha de por medio. Y la del cántaro quebrado se quedó con la mala fama del pleito. Dicen que ni siquiera se casó. Aunque se hubiera ido hasta Jilotlán de los Dolores, allá habría llegado con ella, a lo mejor antes que ella, su mal nombre de mancornadora.

EL DISCÍPULO

De raso negro, bordeada de armiño y con gruesos alamares de plata y de ébano, la gorra de Andrés Salaino es la más hermosa que he visto. El maestro la compró a un mercader veneciano y es realmente digna de un príncipe. Para no ofenderme, se detuvo al pasar por el Mercado Viejo y eligió este bonete de fieltro gris. Luego, queriendo celebrar el estreno nos puso de modelo el uno al otro.

Dominado mi resentimiento, dibujé una cabeza de Salaino, lo mejor que ha salido de mi mano. Andrés aparece tocado con su hermosa gorra, y con el gesto altanero que pasea por las calles de Florencia, creyéndose a los dieciocho años un maestro de la pintura. A su vez, Salaino me retrató con el ridículo bonete y con el aire de un campesino recién llegado de San Sepolcro. El maestro celebró alegremente nuestra labor, y él mismo sintió ganas de dibujar. Decía: «Salaino sabe reírse y no ha caído en la trampa». Y luego, dirigiéndose a mí: «Tú sigues creyendo en la belleza. Muy caro lo pagarás. No falta en tu dibujo una línea, pero sobran muchas. Traedme un cartón. Os enseñaré cómo se destruye la belleza».

Con un lápiz de carbón trazó el bosquejo de una bella figura: el rostro de un ángel, tal vez el de una hermosa mujer. Nos dijo: «Mirad, aquí está naciendo la belleza. Estos dos huecos oscuros son sus ojos; estas líneas imperceptibles, la boca. El rostro entero carece de contorno. Ésta es la belleza». Y luego, con un guiño: «Acabemos con ella». Y en poco tiempo, dejando caer unas líneas sobre otras, creando espacios de luz y de sombra, hizo de memoria ante mis ojos maravillados el retrato de Gioia.

Los mismos ojos oscuros, el mismo óvalo del rostro, la misma imperceptible sonrisa.

Cuando yo estaba más embelesado, el maestro interrumpió su trabajo y comenzó a reír de manera extraña. «Hemos acabado con la belleza», dijo. «Ya no queda sino esta infame caricatura». Sin comprender, yo seguía contemplando aquel rostro espléndido y sin secretos. De pronto, el maestro rompió en dos el dibujo y arrojó los pedazos al fuego de la chimenea. Quedé inmóvil de estupor. Y entonces él hizo algo que nunca podré olvidar ni perdonar. De ordinario tan silencioso, echó a reír con una risa odiosa, frenética. «¡Anda, pronto, salva a tu señora del fuego!» Y me tomó la mano derecha y revolvió con ella las frágiles cenizas de la hoja de cartón. Vi por última vez sonreír el rostro de Gioia entre las llamas.

Con mi mano escaldada lloré silencioso, mientras Salaino celebraba ruidosamente la pesada broma del maestro.

Pero sigo creyendo en la belleza. No seré un gran pintor, y en vano olvidé en San Sepolcro las herramientas de mi padre. No seré un gran pintor, y Gioia casará con el hijo de un mercader. Pero sigo creyendo en la belleza.

Trastornado, salgo del taller y vago al azar por las calles. La belleza está en torno de mí, y llueve oro y azul sobre Florencia. La veo en los ojos oscuros de Gioia, y en el porte arrogante de Salaino, tocado con su gorra de abalorios. Y en las orillas del río me detengo a contemplar mis dos manos ineptas.

La luz cede poco a poco y el Campanile recorta en el cielo su perfil sombrío. El panorama de Florencia se oscurece lentamente, como un dibujo sobre el cual se acumulan demasiadas líneas. Una campana deja caer el comienzo de la noche.

Asustado, palpo mi cuerpo y echo a correr temeroso de disolverme en el crepúsculo. En las últimas nubes creo distinguir la sonrisa fría y desencantada del maestro, que hiela mi corazón. Y vuelvo a caminar lentamente, cabizbajo, por calles cada

vez más sombrías, seguro de que voy a perderme en el olvido de los hombres.

DIARIO: «AUTRUI»

Lunes. Sigue la persecución sistemática de ese desconocido. Creo que se llama Autrui. No sé cuándo empezó a encarcelarme. Desde el principio de mi vida tal vez, sin que yo me diera cuenta. Tanto peor.

Martes. Caminaba hoy tranquilamente por calles y plazas. Noté de pronto que mis pasos se dirigían a lugares desacostumbrados. Las calles parecían organizarse en laberinto, bajo los designios de Autrui. Al final, me hallé en un callejón sin salida.

Miércoles. Mi vida está limitada en estrecha zona, dentro de un barrio mezquino. Inútil aventurarse más lejos. Autrui me aguarda en todas las esquinas, dispuesto a bloquearme las grandes avenidas.

Jueves. De un momento a otro temo hallarme frente a frente y a solas con el enemigo. Encerrado en mi cuarto, ya para echarme en la cama, siento que me desnudo bajo la mirada de Autrui.

Viernes. Pasé todo el día en casa, incapaz de la menor actividad. Por la noche surgió a mi alrededor una tenue circunvalación. Cierta especie de anillo, apenas más peligroso que un aro de barril.

Sábado. Ahora desperté dentro de un cartucho hexagonal, no mayor que mi cuerpo. Sin atreverme a tocar los muros, presentí que detrás de ellos nuevos hexágonos me aguardan. Indudablemente, mi confinación es obra de Autrui.

Domingo. Empotrado en mi celda, entro lentamente en descomposición. Segrego un líquido espeso, amarillento, de engañosos reflejos. A nadie aconsejo que me tome por miel... A nadie naturalmente, salvo al propio Autrui.

EL PRODIGIOSO MILIGRAMO

Una hormiga censurada por la sutileza de sus cargas y por sus frecuentes distracciones, encontró una mañana, al desviarse nuevamente del camino, un prodigioso miligramo.

Sin detenerse a meditar en las consecuencias del hallazgo, cogió el miligramo y se lo puso en la espalda. Comprobó con alegría una carga justa para ella. El peso ideal de aquel objeto daba a su cuerpo extraña energía: como el peso de las alas en el cuerpo de los pájaros. En realidad, una de las causas que anticipan la muerte de las hormigas es la ambiciosa desconsideración de sus propias fuerzas. Después de entregar en el depósito de cereales un grano de maíz, la hormiga que lo ha conducido a través de un kilómetro apenas tiene fuerzas para arrastrar al cementerio su propio cadáver.

La hormiga del hallazgo ignoraba su fortuna, pero sus pasos demostraron la prisa ansiosa del que huye llevando un tesoro. Un vago y saludable sentimiento de reivindicación comenzaba a henchir su espíritu. Después de un larguísimo rodeo, hecho con alegre propósito, se unió al hilo de sus compañeras que regresaban todas, al caer la tarde, con la carga solicitada ese día: pequeños fragmentos de hoja de lechuga cuidadosamente recortados. El camino de las hormigas formaba una delgada y confusa crestería de diminuto verdor. Era imposible engañar a nadie: el miligramo desentonaba violentamente en aquella perfecta uniformidad.

Ya en el hormiguero, las cosas empezaron a agravarse. Las guardianas de la puerta, y las inspectoras situadas en todas las galerías, fueron poniendo objeciones cada vez más serias al extraño cargamento. Las palabras «miligramo» y «prodigioso»

sonaron aisladamente, aquí y allá, en labios de algunas entendidas. Hasta que la inspectora en jefe, sentada con gravedad ante una mesa imponente, se atrevió a unir las diciendo con sorna a la hormiga confundida: «Probablemente nos ha traído usted un prodigioso miligramo. La felicito de todo corazón, pero mi deber es dar parte a la policía.»

Los funcionarios del orden público son las personas menos aptas para resolver cuestiones de prodigios y de miligramos. Ante aquel caso imprevisto por el código penal, procedieron con apego a las ordenanzas comunes y corrientes, confiscando el miligramo con hormiga y todo. Como los antecedentes de la acusada eran pésimos, se juzgó que un proceso era de trámite legal. Y las autoridades competentes se hicieron cargo del asunto.

La lentitud habitual de los procedimientos judiciales iba en desacuerdo con la ansiedad de la hormiga, cuya extraña conducta la indispuso hasta con sus propios abogados. Obedeciendo al dictado de convicciones cada vez más profundas, respondía con altivez a todas las preguntas que se le hacían. Propagó el rumor de que se cometían en su caso gravísimas injusticias, y anunció que muy pronto sus enemigos tendrían que reconocer forzosamente la importancia del hallazgo. Tales despropósitos atrajeron sobre ella todas las sanciones existentes. En el colmo del orgullo, dijo que lamentaba formar parte de un hormiguero tan imbécil. Al oír semejantes palabras, el fiscal pidió con voz estentórea una sentencia de muerte.

En esa circunstancia vino a salvarla el informe de un célebre alienista, que puso en claro su desequilibrio mental. Por las noches, en vez de dormir, la prisionera se ponía a darle vueltas a su miligramo, lo pulía cuidadosamente, y pasaba largas horas en una especie de éxtasis contemplativo. Durante el día lo llevaba a cuestras, de un lado a otro, en el estrecho y oscuro calabozo. Se acercó al fin de su vida presa de terrible agitación. Tanto, que la enfermera de guardia pidió tres veces que se le cambiara de celda.

La celda era cada vez más grande, pero la agitación de la hormiga aumentaba con el espacio disponible. No hizo el menor caso a las curiosas que iban a contemplar, en número creciente, el espectáculo de su desordenada agonía. Dejó de comer, se negó a recibir a los periodistas y guardó un mutismo absoluto.

Las autoridades superiores decidieron finalmente trasladar a un sanatorio a la hormiga enloquecida. Pero las decisiones oficiales adolecen siempre de lentitud.

Un día, al amanecer, la carcelera halló quieta la celda, y llena de un extraño resplandor. El prodigioso miligramo brillaba en el suelo, como un diamante inflamado de luz propia. Cerca de él yacía la hormiga heroica, patas arriba, consumida y transparente.

La noticia de su muerte y la virtud prodigiosa del miligramo se derramaron como inundación por todas las galerías. Caravanas de visitantes recorrían la celda, improvisada en capilla ardiente. Las hormigas se daban contra el suelo en su desesperación. De sus ojos, deslumbrados por la visión del miligramo, corrían lágrimas en tal abundancia que la organización de los funerales se vio complicada con un problema de drenaje. A falta de ofrendas florales suficientes, las hormigas saqueaban los depósitos para cubrir el cadáver de la víctima con pirámides de alimentos.

El hormiguero vivió días indescriptibles, mezcla de admiración, de orgullo y de dolor. Se organizaron exequias suntuosas, colmadas de bailes y banquetes. Rápidamente se inició la construcción de un santuario para el miligramo, y la hormiga incomprendida y asesinada obtuvo el honor de un mausoleo. Las autoridades fueron depuestas y acusadas de inepticia.

A duras penas logró funcionar poco después un consejo de ancianas que puso término a la prolongada etapa de orgiásticos honores. La vida volvió a su curso normal gracias a innumerables fusilamientos. Las ancianas más sagaces derivaron entonces la corriente de admiración devota que despertó el miligramo a una forma cada vez más rígida de religión oficial. Se nombraron

guardianas y oficiantes. En torno al santuario fue surgiendo un círculo de grandes edificios, y una extensa burocracia comenzó a ocuparlos en rigurosa jerarquía. La capacidad del floreciente hormiguero se vio seriamente comprometida.

Lo peor de todo fue que el desorden, expulsado de la superficie, prosperaba con vida inquietante y subterránea. Aparentemente, el hormiguero vivía tranquilo y compacto, dedicado al trabajo y al culto, pese al gran número de funcionarias que se pasaban la vida desempeñando tareas cada vez menos estimables. Es imposible decir cuál hormiga albergó en su mente los primeros pensamientos funestos. Tal vez fueron muchas las que pensaron al mismo tiempo, cayendo en la tentación.

En todo caso, se trataba de hormigas ambiciosas y ofuscadas que consideraron, blasfemas, la humilde condición de la hormiga descubridora. Entrevieron la posibilidad de que todos los homenajes tributados a la gloriosa difunta les fueran discernidos a ellas en vida. Empezaron a tomar actitudes sospechosas. Divagadas y melancólicas, se extraviaban adrede del camino y volvían al hormiguero con las manos vacías. Contestaban a las inspectoras sin disimular su arrogancia; frecuentemente se hacían pasar por enfermas y anunciaban para muy pronto un hallazgo sensacional. Y las propias autoridades no podían evitar que una de aquellas lunáticas llegara el día menos pensado con un prodigio sobre sus débiles espaldas.

Las hormigas comprometidas obraban en secreto, y digámoslo así, por cuenta propia. De haber sido posible un interrogatorio general, las autoridades habrían llegado a la conclusión de que un cincuenta por ciento de las hormigas, en lugar de preocuparse por mezquinos cereales y frágiles hortalizas, tenía los ojos puestos en la incorruptible sustancia del miligramo.

Un día ocurrió lo que debía ocurrir. Como si se hubieran puesto de acuerdo, seis hormigas comunes y corrientes, que parecían de las más normales, llegaron al hormiguero con sendos

objetos extraños que hicieron pasar, ante la general expectación, por miligramos de prodigio. Naturalmente, no obtuvieron los honores que esperaban, pero fueron exoneradas ese mismo día de todo servicio. En una ceremonia casi privada, se les otorgó el derecho a disfrutar una renta vitalicia.

Acerca de los seis miligramos, fue imposible decir nada en concreto. El recuerdo de la imprudencia anterior apartó a las autoridades de todo propósito judicial. Las ancianas se lavaron las manos en consejo, y dieron a la población una amplia libertad de juicio. Los supuestos miligramos se ofrecieron a la admiración pública en las vitrinas de un modesto recinto, y todas las hormigas opinaron según su leal saber y entender.

Esta debilidad por parte de las autoridades, sumada al silencio culpable de la crítica, precipitó la ruina del hormiguero. De allí en adelante cualquier hormiga, agotada por el trabajo o tentada por la pereza, podía reducir sus ambiciones de gloria a los límites de una pensión vitalicia, libre de obligaciones serviles. Y el hormiguero comenzó a llenarse de falsos miligramos.

En vano algunas hormigas viejas y sensatas recomendaron medidas precautorias, tales como el uso de balanzas y la confrontación minuciosa de cada nuevo miligramo con el modelo original. Nadie les hizo caso. Sus proposiciones, que ni siquiera fueron discutidas en asamblea, hallaron punto final en las palabras de una hormiga flaca y descolorida que proclamó abiertamente y en voz alta sus opiniones personales. Según la irreverente, el famoso miligramo original, por más prodigioso que fuera, no tenía por qué sentar un precedente de calidad. Lo prodigioso no debía ser impuesto en ningún caso como una condición forzosa a los nuevos miligramos encontrados.

El poco de circunspección que les quedaba a las hormigas desapareció en un momento. En adelante las autoridades fueron incapaces de reducir o tasar la cuota de objetos que el hormiguero podía recibir diariamente bajo el título de mili-

gramos. Se negó cualquier derecho de veto, y ni siquiera lograron que cada hormiga cumpliera con sus obligaciones. Todas quisieron eludir su condición de trabajadoras, mediante la búsqueda de miligramos.

El depósito para esta clase de artículos llegó a ocupar las dos terceras partes del hormiguero, sin contar las colecciones particulares, algunas de ellas famosas por la valía de sus piezas. Respecto a los miligramos comunes y corrientes, descendió tanto su precio que en los días de mayor afluencia se podían obtener a cambio de una bicoca. No debe negarse que de cuando en cuando llegaban al hormiguero algunos ejemplares estimables. Pero corrían la suerte de las peores bagatelas. Legiones de aficionadas se dedicaron a exaltar el mérito de los miligramos de más baja calidad, fomentando así un general desconcierto.

En su desesperación de no hallar miligramos auténticos, muchas hormigas acarreaban verdaderas obscenidades e inmundicias. Galerías enteras fueron clausuradas por razones de salubridad. El ejemplo de una hormiga extravagante hallaba al día siguiente millares de imitadoras. A costa de grandes esfuerzos, y empleando todas sus reservas de sentido común, las ancianas del consejo seguían llamándose autoridades y hacían vagos ademanes de gobierno.

Las burócratas y las responsables del culto, no contentas con su holgada situación, abandonaron el templo y las oficinas para echarse a la busca de miligramos, tratando de aumentar gajes y honores. La policía dejó prácticamente de existir, y los motines y las revoluciones eran cotidianos. Bandas de asaltantes profesionales aguardaban en las cercanías del hormiguero para despojar a las afortunadas que volvían con un miligramo valioso. Coleccionistas resentidas denunciaban a sus rivales y promovían largos juicios, buscando la venganza del cateo y la expropiación. Las disputas dentro de las galerías degeneraban fácilmente en riñas, y estas en asesinatos... El índice de mortalidad alcanzó una cifra pa-

vorosa. Los nacimientos disminuyeron de manera alarmante, y las criaturas, faltas de atención adecuada, morían por centenares.

El santuario que custodiaba el miligramo verdadero se convirtió en tumba olvidada. Las hormigas, ocupadas en la discusión de los hallazgos más escandalosos, ni siquiera acudían a visitarlo. De vez en cuando, las devotas rezagadas llamaban la atención de las autoridades sobre su estado de ruina y de abandono. Lo más que se conseguía era un poco de limpieza. Media docena de irrespetuosas barrenderas daban unos cuantos escobazos, mientras decrepitas ancianas pronunciaban largos discursos y cubrían la tumba de la hormiga con deplorables ofrendas, hechas casi de puros desperdicios.

Sepultado entre nubarrones de desorden, el prodigioso miligramo brillaba en el olvido. Llegó incluso a circular la especie escandalosa de que había sido robado por manos sacrílegas. Una copia de mala calidad suplantaba al miligramo auténtico, que pertenecía ya a la colección de una hormiga criminal, enriquecida en el comercio de miligramos. Rumores sin fundamento, pero nadie se inquietaba ni se conmovía; nadie llevaba a cabo una investigación que les pusiera fin. Y las ancianas del consejo, cada día más débiles y achacosas, se cruzaban de brazos ante el desastre inminente.

El invierno se acercaba, y la amenaza de muerte detuvo el delirio de las imprevisoras hormigas. Ante la crisis alimenticia, las autoridades decidieron ofrecer en venta un gran lote de miligramos a una comunidad vecina, compuesta de acaudaladas hormigas. Todo lo que consiguieron fue deshacerse de unas cuantas piezas de verdadero mérito, por un puñado de hortalizas y cereales. Pero se les hizo una oferta de alimentos suficientes para todo el invierno, a cambio del miligramo original.

El hormiguero en bancarrota se aferró a su miligramo como a una tabla de salvación. Después de interminables conferencias y discusiones, cuando ya el hambre mermaba el número de las

supervivientes en beneficio de las hormigas ricas, estas abrieron la puerta de su casa a las dueñas del prodigio. Contrajeron la obligación de alimentarlas hasta el fin de sus días, exentas de todo servicio. Al ocurrir la muerte de la última hormiga extranjera, el miligramo pasaría a ser propiedad de las compradoras.

¿Hay que decir lo que ocurrió poco después en el nuevo hormiguero? Las huéspedes difundieron allí el germen de su contagiosa idolatría.

Actualmente las hormigas afrontan una crisis universal. Olvidando sus costumbres, tradicionalmente prácticas y utilitarias, se entregan en todas partes a una desenfrenada búsqueda de miligramos. Comen fuera del hormiguero, y sólo almacenan sutiles y deslumbrantes objetos. Tal vez muy pronto desaparezcan como especie zoológica y solamente nos quedará, encerrado en dos o tres fábulas ineficaces, el recuerdo de sus antiguas virtudes.

EL SAPO

Salta de vez en cuando, sólo para comprobar su radical estático. El salto tiene algo de latido: viéndolo bien, el sapo es todo corazón.

Prensado en un bloque de lodo frío, el sapo se sumerge en el invierno como una lamentable crisálida. Se despierta en primavera, consciente de que ninguna metamorfosis se ha operado en él. Es más sapo que nunca, en su profunda desecación. Aguarda en silencio las primeras lluvias.

Y un buen día surge de la tierra blanda, pesado de humedad, henchido de savia rencorosa, como un corazón tirado al suelo. En su actitud de esfinge hay una secreta proposición de canje, y la fealdad del sapo aparece ante nosotros con una abrumadora cualidad de espejo.

LIBERTAD

Hoy proclamé la independencia de mis actos. A la ceremonia sólo concurrieron algunos deseos insatisfechos, dos o tres actitudes desmedradas. Un propósito grandioso que había ofrecido venir envió a última hora su excusa humilde. Todo transcurrió en un silencio pavoroso.

Creo que el error consistió en la ruidosa proclama: trompetas y campanas, cohetes y tambores. Y para terminar, unos ingeniosos juegos de moral pirotécnica que se quedaron a medio arder.

Al final me hallé a solas conmigo mismo. Despojado de todos los atributos de caudillo, la medianoche me encontró cumpliendo un oficio de mera escribanía. Con los últimos restos del heroísmo emprendí la penosa tarea de redactar los artículos de una dilatada constitución que presentaré mañana a la asamblea general. El trabajo me ha divertido un poco, alejando de mi espíritu la triste impresión del fracaso.

Leves e insidiosos pensamientos de rebeldía vuelan como mariposas nocturnas en torno de la lámpara, mientras sobre los escombros de mi prosa jurídica pasa de vez en cuando un tenue sople de marsellesa.

EL MAPA DE LOS OBJETOS PERDIDOS

El hombre que me vendió el mapa no tenía nada de extraño. Un tipo común y corriente, un poco enfermo tal vez. Me abordó sencillamente, como esos vendedores que nos salen al paso en la calle. Pidió muy poco dinero por su mapa: quería deshacerse de él a toda costa. Cuando me ofreció una demostración acepté curioso porque era domingo y no tenía qué hacer. Fuimos a un sitio cercano para buscar el triste objeto que tal vez él mismo habría tirado allí, seguro de que nadie iba a recogerlo: una peineta de celuloide, color de rosa, llena de menudas piedrecillas. La guardo todavía entre docenas de baratijas semejantes y le tengo especial cariño porque fue el primer eslabón de la cadena. Lamento que no le acompañen las cosas vendidas y las monedas gastadas. Desde entonces vivo de los hallazgos deparados por el mapa. Vida bastante miserable, es cierto, pero que me ha librado para siempre de toda preocupación. Y a veces, de tiempo en tiempo, aparece en el mapa alguna mujer perdida que se aviene misteriosamente a mis modestos recursos.

FLASH

Londres, 26 de noviembre (AP).— Un sabio demente, cuyo nombre no ha sido revelado, colocó anoche un Absorsor del tamaño de una ratonera a la salida de un túnel. El tren fue vanamente esperado en la estación de llegada. Los hombres de ciencia se afligen entre el objeto dramático, que no pesa más que antes, y que contiene todos los vagones del expreso de Dover y el apretado número de sus víctimas.

Ante la consternación general, el Parlamento ha hecho declaraciones en el sentido de que el Absorsor se halla en etapa experimental. Consiste en una cápsula de hidrógeno, en la cual se efectúa un vacío atómico. Fue planeado originalmente por Sir Acheson Beal como arma pacífica, destinada a anular los efectos de las explosiones nucleares.

BABY H. P.

Señora ama de casa: convierta usted en fuerza motriz la vitalidad de sus niños. Ya tenemos a la venta el maravilloso Baby H. P., un aparato que está llamado a revolucionar la economía hogareña.

El Baby H. P. es una estructura de metal muy resistente y ligera que se adapta con perfección al delicado cuerpo infantil, mediante cómodos cinturones, pulseras, anillos y broches. Las ramificaciones de este esqueleto suplementario recogen cada uno de los movimientos del niño, haciéndolos converger en una botellita de Leyden que puede colocarse en la espalda o en el pecho, según necesidad. Una aguja indicadora señala el momento en que la botella está llena. Entonces usted, señora, debe desprenderla y enchufarla en un depósito especial, para que se descargue automáticamente. Este depósito puede colocarse en cualquier rincón de la casa, y representa una preciosa alcancía de electricidad disponible en todo momento para fines de alumbrado y calefacción, así como para impulsar alguno de los innumerables artefactos que invaden ahora los hogares.

De hoy en adelante usted verá con otros ojos el agobiante ajetreo de sus hijos. Y ni siquiera perderá la paciencia ante una rabieta convulsiva, pensando en que es una fuente generosa de energía. El pataleo de un niño de pecho durante las veinticuatro horas del día se transforma, gracias al Baby H. P., en unos inútiles segundos de tromba licuadora, o en quince minutos de música radiofónica.

Las familias numerosas pueden satisfacer todas sus demandas de electricidad instalando un Baby H. P. en cada uno de

sus vástagos, y hasta realizar un pequeño y lucrativo negocio, transmitiendo a los vecinos un poco de la energía sobrante. En los grandes edificios de departamentos pueden suplirse satisfactoriamente las fallas del servicio público, enlazando todos los depósitos familiares.

El Baby H. P. no causa ningún trastorno físico ni psíquico en los niños, porque no cohibe ni trastorna sus movimientos. Por el contrario, algunos médicos opinan que contribuye al desarrollo armonioso de su cuerpo. Y por lo que toca a su espíritu, puede despertarse la ambición individual de las criaturas, otorgándoles pequeñas recompensas cuando sobrepasen sus récords habituales. Para este fin se recomiendan las golosinas azucaradas, que devuelven con creces su valor. Mientras más calorías se añadan a la dieta del niño, más kilovatios se economizan en el contador eléctrico.

Los niños deben tener puesto día y noche su lucrativo H. P. Es importante que lo lleven siempre a la escuela, para que no se pierdan las horas preciosas del recreo, de las que ellos vuelven con el acumulador rebosante de energía.

Los rumores acerca de que algunos niños mueren electrocutados por la corriente que ellos mismos generan son completamente irresponsables. Lo mismo debe decirse sobre el temor supersticioso de que las criaturas provistas de un Baby H. P. atraen rayos y centellas. Ningún accidente de esta naturaleza puede ocurrir, sobre todo si se siguen al pie de la letra las indicaciones contenidas en los folletos explicativos que se obsequian en cada aparato.

El Baby H. P. está disponible en las buenas tiendas en distintos tamaños, modelos y precios. Es un aparato moderno, durable y digno de confianza, y todas sus coyunturas son extensibles. Lleva la garantía de fabricación de la casa J. P. Mansfield & Sons, de Atlanta, Ill.

ALARMA PARA EL AÑO 2000

• Cuidado! Cada hombre es una bomba a punto de estallar. Tal vez la amada hace explosión en brazos de su amante. Tal vez... Ya nadie puede ser vejado ni aprehendido. Todos se niegan a combatir. En los más apartados rincones de la tierra, resuena el estrépito de los últimos descontentos.

El tuétano de nuestros huesos está debidamente saturado. Cada fémur y cada falange es una cápsula explosiva que se opera a voluntad. Basta con apoyar frecuentemente la lengua contra la bóveda palatina y hacer una breve reflexión colérica... 5, 4, 3, 2, 1... el índice de adrenalina aumenta, se modifica el quimismo de la sangre y ¡cataplum! Todo desaparece en derredor. Cae después una ligera llovizna de ceniza. Pequeños grumos viscosos flotan en el aire. Fragmentos de telaraña con leve olor nauseabundo como el bromo: es todo lo que queda del hombre que fue.

No hay más remedio que amarnos apasionadamente los unos a los otros.

ACHTUNG! LEBENDE TIERE!

Había una vez una niña chiquita, chiquita, que daba mucha lata en el zoológico. Se metía en la jaula de las bestias dormidas y les tiraba la cola. El brusco despertar de los feroces era precisamente la salvación de la criatura que se escapaba corriendo.

Pero un día la niña fue a dar con un león flaco, desprestigiado y solitario que no se dio por aludido. La niña abandonó los tirones de cola y pasó a mayores. Se puso a hacerle cosquillas al dormido y le revolvió una por una todas las ideas de la melena. Ante aquella total ausencia de reflejos, se proclamó en voz alta domadora de leones. La fiera volvió entonces dulcemente la cabeza y se tragó a la niña de un solo bocado.

Las autoridades del zoológico pasaron un mal rato porque la noticia salió en todos los periódicos. Los comentaristas pusieron el grito en el cielo y criticaron las leyes del universo, que consienten la existencia de leones hambrientos junto a incompatibles niñas maleducadas.

TEORÍA DE DULCINEA

En un lugar solitario cuyo nombre no viene al caso hubo un hombre que se pasó la vida eludiendo a la mujer concreta. Prefirió el goce manual de la lectura, y se congratulaba eficazmente cada vez que un caballero andante embestía a fondo uno de esos vagos fantasmas femeninos, hechos de virtudes y faldas superpuestas, que aguardan al héroe después de cuatrocientas páginas de hazañas, embustes y despropósitos.

En el umbral de la vejez, una mujer de carne y hueso puso sitio al anacoreta en su cueva. Con cualquier pretexto entraba al aposento y lo invadía con un fuerte aroma de sudor y de lana, de joven mujer campesina recalentada por el sol.

El caballero perdió la cabeza, pero lejos de atrapar a la que tenía enfrente, se echó en pos a través de páginas y páginas, de un pomposo engendro de fantasía. Caminó muchas leguas, alanceó corderos y molinos, desbarbó unas cuantas encinas y dio tres o cuatro zapatetas en el aire.

Al volver de la búsqueda infructuosa, la muerte le aguardaba en la puerta de su casa. Sólo tuvo tiempo para dictar un testamento cavernoso, desde el fondo de su alma reseca. Pero un rostro polvoriento de pastora se lavó con lágrimas verdaderas, y tuvo un destello inútil ante la tumba del caballero demente.

EL DIAMANTE

Había una vez un diamante en la molleja de una gallina de plumaje miserable. Cumplía su misión de rueda de molino con resignada humildad. Le acompañaban piedras de hormiguero y dos o tres cuentas de vidrio.

Pronto se ganó una mala reputación a causa de su dureza. La piedra y el vidrio esquivaban cuidadosamente su roce. La gallina disfrutaba de admirables digestiones porque las facetas del diamante molían a la perfección sus alimentos. Cada vez más limpio y más pulido, el solitario rodaba dentro de aquella cápsula espasmódica.

Un día le retorcieron el cuello a la gallina de mísero plumaje. Lleno de esperanza, el diamante salió a la luz y se puso a brillar con todo el fuego de sus entrañas. Pero la fregona que destrozaba la gallina lo dejó correr con todos sus reflejos al agua del sumidero, revuelto en frágiles inmundicias.

INFORME DE LIBERIA

Como ocurre siempre entre mujeres, el rumor se ha propalado de boca en boca, y una legión de embarazadas nerviosas consulta en vano a los médicos circunspectos. El número de bodas decrece sensiblemente en tanto que prospera de modo alarmante el comercio de los anticonceptivos.

Ante el mutismo de las organizaciones científicas, los periodistas recurrieron en mala hora a la Asociación de Parteras Autodidactas. Gracias a la presidenta, una matrona gruesa, estéril y charlatana, el chismorreó ha tomado un giro definitivamente siniestro: en todas partes los niños se niegan a nacer por las buenas y los cirujanos no se dan abasto practicando operaciones cesáreas y maniobras de Guillaumin. Por si fuera poco, la APA acaba de incluir en su catálogo de publicaciones clandestinas el relato pormenorizado de dos comadronas que lucharon a brazo partido con un infante rebelde, un verdadero demonio que por más de veinticuatro horas se debatió entre la vida y la muerte sin tomar para nada en cuenta los sufrimientos de su madre. Anclándose como un pocero sobre los huesos iliacos y agarrándose de las costillas, dio tales muestras de resistencia que las señoras se cruzaron finalmente de brazos dejándolo hacer su voluntad...

Como era de esperarse, los psicoanalistas son los únicos hombres de ciencia que han abierto la boca: atribuyen el fenómeno a una especie de histeria colectiva y piensan que son las mujeres y no los niños quienes se conducen en el parto de una manera anormal. Con ello expresan una clara censura al hombre de nuestros días. Tomando en cuenta el carácter explosivo del alumbramiento, un psiquiatra afirma encantado de la vida que la rebelión de

los nonatos, aparentemente sin causa, es una verdadera Cruzada de los Niños contra las pruebas atómicas. Ante la sonrisa burlona de los ginecólogos, concluye su alegato con ingenuidad flagrante, insinuando la idea de que tal vez no sea este en que vivimos el mejor de los mundos posibles.

LA NOTICIA

Yo acariciaba las estatuas rotas...

C. P.

El golpe fue tan terrible que para no caer tuve que apoyarme en la historia. Sin venir al caso me vi en la tina de baño, sarnoso Marat frente a Carlota Corday.

El suelo se me ha ido de los pies y la memoria en desorden me coloca en puras situaciones infames. Soy por Margarita de Borgoña arrojado en un saco al Sena, Teodora me manda degollar en el hipódromo, Coatlicue me asfixia bajo su falda de serpientes... Alguien me ofrece al pie de un árbol la fruta envenenada. Ciego de cólera derribé las columnas de Sansón sobre una muchedumbre de cachondas filisteas. (Afortunadamente siempre he llevado largos los cabellos, por las dudas.)

Una procesión de cornudos ilustres me pasó por la cabeza y yo elegí entre todos a Urías el hitita. Valientemente me puse a su lado en la primera línea del combate, mientras David se acostaba con Betsabé. Y nos dimos la mano, moribundos.

Finalmente me refugié en el rapto de las sabinas. Y allí, entre una bárbara confusión de cabelleras, brazos, piernas y alaridos, me hice el perdedizo. Dejé que se las llevaran a todas, tranquilamente, y la que estaba dándome la noticia se convirtió en un fantasma incoloro.

Como los romanos adoptaron hasta las niñas recién nacidas, la historia de nuestro pueblo concluye felizmente en la anécdota del rapto. No más asuntos de mujeres.

El fantasma incoloro que estaba dándome la noticia desapareció por completo y yo me considero, con justa razón, el último representante de la estirpe sabina.

De vez en cuando abandono mi soledad hombruna, paseo vagamente por las ruinas del Imperio y acaricio en sueños las estatuas rotas...

DOXOGRAFÍAS

Francisco de Aldana

*No olvide usted, señora, la noche en que nuestras almas
lucharon cuerpo a cuerpo.*

Homero Santos

*Los habitantes de Ficticia somos realistas. Aceptamos en
principio que la liebre es un gato.*

Prometeo a su buitre predilecta

*Más arriba, a la izquierda, tengo algo muy dulce para
ti. (Ella se obstinó en el hígado y no supo del corazón de
Prometeo).*

Mitológica

*Ya no puedes acuñarla a tu imagen y semejanza. Tendrás
que aceptarla sin peso y sin ley, porque es el metal ardiente
que circula ya por tus venas.*

Ágrafa musulmana en papiro de Oxyrrinco

*Estabas a ras de tierra y no te vi. Tuve que cavar hasta el
fondo de mí para encontrarte.*

De escaquística

*La presión ejercida sobre una casilla se propaga en toda la
superficie del tablero.*

Claudeliana

Cansado de tanta Proeza me fui con doña Música a otra parte. Pero hace mucho tiempo que don Juan de Austria murió dentro de mí. Viuda por fin de don Pelayo y sin carta de Rodrigo, te espera en Mogador sentado en su barril de pólvora y con la mecha prendida, el Capitán Cachadiablo.

Bíblica

Levanto el sitio y abandono el campo... La cita es para hoy en la noche. Ven lavada y perfumada. Unge tus cabellos, ciñe tus más preciosas vestiduras, derrama en tu cuerpo la mirra y el incienso. Planté mi tienda de campaña en las afueras de Betulia. Allí te espero guarnecido de púrpura y de vino, con la mesa de manjares dispuesta, el lecho abierto y la cabeza prematuramente cortada.

De John Donne

El espíritu es solvente de la carne. Pero yo soy de tu carne indisoluble.

Cuento de horror

La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones.

SONETO

Combatido por vientos y mareas,
sitiado por humanas tempestades,
sólo distingo sombras de verdades
en el confuso mar de mis ideas.

Tú por quien soy me salves y me veas
devuelto a Tus angélicas ciudades.
Alcánzame en la sombra claridades
y ocúltame al afán vanas preseas.

Soy como el pez de los abismos, ciego.
A mí no llega el esplendor de un faro.
Perdido voy en busca de mí mismo.

En la noche final del desamparo
sólo me queda voz para este ruego:
¿Dirás por fin mi voz desde el abismo?

EL PARAÍSO PERDIDO DE LAS GOLOSINAS

Hace poco comencé, no a redactar, sino a contar memorias, a contar mi vida: título provisional, precisamente, *Vida contada a Fernando del Paso*; recordé inmediatamente las *Memorias improvisadas* de Paul Claudel en la Radiodifusión Francesa y de pronto: ¡no!, la infancia para mí no es un recuerdo de paraíso, mi infancia no es paradisiaca. Me acordé de Rainer Maria Rilke, *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, dije ¡no!, para mí la infancia fue más bien terrible, por el tiempo de México en que transcurrió y de pronto, Fernando me dijo: «Oye, ¿y el mundo de los alimentos?, ¿de las golosinas?, ¿de los dulces?» Y dije entonces yo: «¡Perdón!, sí, mi infancia fue un paraíso».

Fue un paraíso porque mi casa era como la *Suave patria* de López Velarde: «alacena y pajarera». A mi madre le gustaban mucho los pájaros cantores y toda la casa resonaba con cenzontles, clarines, canarios, mirlos, toda una serie de aves cantoras... La alacena es en las provincias de México, el mueble esencial del comedor, que también se podría llamar reposterero, donde se guardan los alimentos golosina, todo el mundo de la dulcería que luego está acompañado por la repostería, porque ahí se guardan durante el día o para el día siguiente, ciertas formas de pastelería, que se pueden conservar un poco más.

Por parte de madre y de padre, provengo de familias que gustaban mucho de preparar en casa toda clase de dulces, pastelería y platos regionales; no pretendo hacer catálogos, pero en el mundo de los moles en México, se puede decir que Oaxaca—Puebla son dos capitales del mole, aunque en Jalisco hay todo un orbe de moles a partir probablemente de los mismos elementos, pero

distintamente dosificados: por ejemplo, los moles jaliscienses son más ligeros, como el adobo, que es un mole un poquito más semejante al poblano o a ciertos moles de Oaxaca. Un mole característico del sur de Jalisco, que ya casi no se hace aunque yo tengo la fortuna de comerlo frecuentemente, es la *cuachala*, que no es un mole ni rojo ni negro, sino un mole que tiene el color del maíz tostado que es —eso sí es importante decirlo—, un mole de origen prehispánico, y sus elementos esenciales son una masa de maíz, pero no propiamente masa, sino casi diría yo un pinole.

Y aquí puedo decir que la golosina fundamental, original del sur de Jalisco de mi infancia, es el *pinole*, este polvo de maíz tostado, pero el maíz tiene que ser del llamado «amarillo», que es un maíz dulce, angostito, brillante y casi transparente; es tan traslúcido como el maíz que se usa, de granos pequeños, para las flores de maíz, para las *palomitas*. Este maíz, más alargado, se tuesta y se muele muy finamente, originalmente en metates, después en molinos de mano, y luego en el nixtamal de tamaño menor. En ciertas regiones del país muy alejadas del sur de Jalisco, como Sonora, el pinole era un alimento para campesinos y principalmente para las tropas. ¡Qué bueno que me acordé de esto!, porque el pinole original de Zapotlán se enriqueció cuando Francisco Villa llegó a Zapotlán y ocupó el pueblo. Entonces paró los molinos de nixtamal, y en Zapotlán hubo que hacer las tortillas otra vez a base de metate, porque Villa puso a moler a todos los molinos de Zapotlán exclusivamente pinole, para que los soldados llevaran bolsas, *costalillos* se llamaban, así como los que se usaban para los cartuchos, la pólvora y el agua, había el *costalito* de pinole: todos los soldados podían vivir comiendo pinole seco y tomando agua. Se acabó todo el maíz dulce, se hacía el pinole de maíz ordinario, mezclado con polvo de piloncillo, que en mi pueblo por ejemplo se llama *panocha*, que es el azúcar sin refinar, que viene en piezas pequeñas de forma cónica (el *pain de sucre* francés), de color oscuro. Con eso molido y aromado con canela,

o con granos de anís, molidos también, da un polvo finísimo y delicioso, porque el maíz coge muy bien el aroma del anís o de la canela; hay que tomarlo con cuidado, con cuchara, pero nosotros de chicos lo tomábamos así con los puños de la mano: ésta es la golosina fundamental que primero recuerdan las personas de mi edad, de cuando eran niños.

Junto al pinole, existía el *esquite*. El esquite son granos, también de maíz dulce, tostados (pero no se muelen, se dejan bien tostaditos, enteros) y semillas de calabaza. Hay semillas tan buenas de calabaza, que se comen con todo y cáscara. De maíz amarillo, tostado, y semillas de calabaza, tostadas con todo y cáscara, se mezcla una mitad de granos de maíz y otra de semillas de calabaza. Se tiene preparada una miel a punto de caramelo, entonces se bañan en ella los granos de maíz y de semillas de calabaza, y se escurre. Ya que están bien escurridos, pero todos cubiertos de caramelo todavía caliente, estos granos se vuelcan en una mesa o en un gran sartén lleno de pinole, pero no de pinole molido fino como el que se toma así, sino de pinole más grueso. Como tienen el caramelo caliente, se forran de pinole grueso y quedan totalmente... ¡una cosa maravillosa! Se dejan secar y ese dulce tiene la ventaja de que no es muy dulce; es un alimento completo y dura mucho, porque se lleva en un bolsillo, o en una bolsita de papel. También tiene canela o anís, entonces es una cosa preciosa para la golosina de los niños, pues sencillamente era muy fácil darles a media tarde un puño de esquite, un cartucho de pinole.

Luego viene el mundo de los pozoles; sólo voy a hablar del pozole dulce, que es también una especialidad que casi ha desaparecido. Son los granos de maíz, típicos del maíz que se llama *cacahuazintle*. Es un maíz blanco de grano grande, muy noble. Es el maíz para hacer el mejor pozole y las mejores tortillas. De este maíz también se hace el atole blanco, que es el atole prehispánico, padre de los numerosísimos atoles de México. Se cuecen los granos de maíz, pero llevan otra vez el *pain de sucre*, entonces toman,

ya cocidos, un color dorado, se esponjan, son muy suaves, están saturados. Y además llevan hoja de higuera seca, que es de un aroma delicioso, porque se trata de la higuera silvestre ¿verdad?, entonces este pozole rico se toma con leche: un vaso de leche y un plato de pozole dulce, una merienda estupenda para los chicos.

Imposible agotar ahora al mundo de los tamales. Sólo hablaré del tamal más delicioso, auténtica golosina, y que también se conoce fuera de mi casa, de mis hermanas, las Arreola, famosas en todo el sur de Jalisco y hasta en otros estados de la República por su dulcería regional: el *tamal colado*.

Es un tamal que se hace de granos de elote, más tierno que el que se usa para los tamales comunes y corrientes. El grano proviene de un maíz muy fino, de mazorca tan dulce que, entonces, ese elote hasta crudo lo puede uno probar: es agradable, porque brota del grano tierno una leche, pero una leche purísima. Creo que este elote tierno es de la misma familia del famoso *maíz dulce* o *chamalillo*, que tiene distintas categorías. Es imposible que yo analice las especies de maíz que había antes, porque ahora ya no hay más que un solo maíz, o dos... ¿Cuántos se han perdido?... ¡Ay, qué lástima!, es el cultivo que se ha perdido y le voy a contar por qué se ha perdido ese cultivo, pero ahorita quiero nada más decir en qué consiste un tamal colado. Entonces, como para los otros tamales, se toman los elotes con un cuchillo filoso, se les quitan los granos, hasta que quedan los *olotes* que se desechan —en realidad no se desechan porque se los comen los animales domésticos, el olote tierno, con lo que queda de cabecita del grano de elote, es muy buen alimento para ellos. Entonces, con los granos estos, molidos, se hace una pasta y se cuece, pero el éxito está en que el maíz sea realmente tierno y dulce. Los tamales se envuelven en hojitas de elote tierno, que son suavécitas, suavécitas y delgadas, y tienen un sabor especial y le ponen a la pasta de elote antes de cocerla media nuez —nada más— y se cuece; va endulzado también, eso sí con azúcar. Tienen que ser muy blan-

cos y son unos tamalitos angostos, largos y casi transparentes que sólo se comen de postre; y como postre es lo mejor, imagínese usted, *ça c'est la crème, la crème de maïs*, y es una especie de *petite gelée, une gelée un peu visqueuse*, que es así como suavécita, como jalea, como *la gelée royale de l'abeille*, una pasta de maíz que no tiene casi paja; la fibra es tan suavécita y tan fina que es una delicia, y los rememoro, porque hace ya unos años que no hacen mis hermanas tamales colados, o que no estoy ahí cuando los hacen.

Y luego otra golosina ya muy fuerte, profundamente alimenticia, que no existe en ninguna parte, que yo sepa, es lo que se llama *tamal de burro*. Y eso es nada menos que un tamal que se come frío y que dura varios días. Está hecho de una masa de maíz muy especial, de color morado. Usted ha visto aquí en México, que tenemos maíces rojos, maíces rayados de rojo con blanco, y luego maíces de todos los tonos del violeta y el ámbar, y hay maíz negro y maíz morado. Entonces de maíz negro y de maíz morado se hace una pasta gruesa, burda, áspera, que se endulza con jugo de mezcal, que es la base de las pencas del agave, las que sirven para hacer tequila. Son muy dulces cuando se cuecen y se pueden comer como golosina, así como el centro del maguey, de donde arranca el vástago, es la flor única, muy alta (se come también y se llama *quiote*, y la base de donde sale el quiote se llama *mezonte*). Entonces de ese jugo del mezonte, de la base de las hojas, se podría sacar un tequila maravilloso; se podría fermentar, pero se come así y servía prehispánicamente y todavía cuando era niño, para endulzar esa masa de maíz negro que entonces tiene un sabor único. Luego se cocían frijoles, una clase especial de frijoles muy buenos, se les quitaba el caldo y se molían; se hacía una capa de pasta de maíz y luego se le untaba pasta de frijol. Se enrolla, se corta y los trozos se achatan, se amasan un poco y se envuelven en hojas pero de maíz morado también, se cuecen y se dejan enfriar, y eso es un alimento que dura días y días y se llama tamal de burro porque es un tamal áspero, pero es muy rico si

está bien hecho. El drama es que ya no hay en ningún lugar, que yo sepa, salvo en algunas familias, que por herencia, hagan en algún pueblo de Jalisco, del sur, tamal de burro. Mis hermanas ya no lo hacen. Mi madre o mi hermana mayor, casi digamos por ociosidad, cuando yo nací, decían ¡vamos a hacer tamal de burro!, y les salían preciosos. Deben de llevar algún principio aromático, tal vez un poco de canela, porque este tamal se corta con un cuchillo, se come en rebanadas y es seco, pero al mismo tiempo queda fragante y un poquito húmedo, finalmente; pero es una masa maciza, y ése es un tamal ya arqueológico, digamos de cierta manera también prehispánico.

Y luego viene un mundo prodigioso de las frutas, de las compotas, pero sobre todo el mundo de los ates. Originalmente morelianos, pero es en Morelia donde casi menos se puede hallar un verdadero ate.

En el Distrito Federal, imposible. En mi casa, y ahora la casa de mi hija, es donde siempre tenemos *guayabate*, *membrillate* y *duraznate*, que son los ates por excelencia: membrillo, guayaba, durazno. La base de los buenos ates —por eso ya es raro encontrarlos— es el tejocote, que es una manzanita o manzanilla silvestre, que tiene algo de los frutales, algo, es como una manzana, muy aromática pero áspera, que nos comíamos de chicos, porque son muy ricos los tejocotes. El hueso del tejocote y también la drupa tienen un gel poderoso, y si uno cuece granos de tejocotes, hace sencillamente una gelatina, y esa gelatina es lo que da aglutinante a los buenos ates. El ate de tejocote con guayaba picada es una maravilla, o con durazno picado. El tejocote juega con todas las pastas de fruta: combina y además aglutina, y le da un valor de duración, porque la gelatina del tejocote es elástica y flexible y no se seca. Puede usted guardar un año o dos, tres años una pieza de ese dulce, y está perfecto, cada vez con el aroma más fino, más delicado. Ése es el mundo de los ates, y a ése pertenece el *cuero de membrillo*.

El cuero de membrillo se hace con una pasta de membrillos cocidos: se separa la piel de los granos y se muele; entonces se le pone un poco de azúcar, poco, y con esa pasta, se unta en hojas de metal muy tenue y se pone en el sol. Entonces el sol deseca y compacta la hoja y se levanta del metal la piel, por eso se llama *cuir*. Es algo delicioso de comer, porque es una auténtica piel, tiene resistencia.

A ese mundo de lo asoleado pertenecen los arrayanes, que también se llaman guayabillas. Es un fruto ácido pero de aroma único. Las guayabillas bien maduras se lavan y luego, así, a mano, se apachurran como los granos de la vid, y se les pone azúcar, bastante azúcar. Entonces se pone extendido lo más que se puede en recipientes al sol, a que se deseque, y todo se hace en crudo. Crudo el fruto, el azúcar así, tal y como está, el azúcar se hace miel con el jugo de la fruta. Ese jugo se espesa y se reseca; entonces quedan porciones de varios frutos agrupados así como bolitas, algo delicioso, porque va con todo y huesitos; entonces come uno eso y chupa los huesos. Es un dulce que también ha desaparecido en Guadalajara. Antes en el centro, en los Portales, en todas partes había arrayanes, ese dulce elemental era algo popular en aquel entonces, y luego también había las *palomitas*, que no se hacían con máquinas ni nada, sino en cazuelas y demás se les hacía reventar y se tomaban así saladas o se les ponía miel de frutas que se dejaba secar, pero todo era, como se dice, hecho a mano, y por la plaza había en diversos lugares lo que llamaban *fruta de horno*, que es una forma más popular, menos delicada de *petit four*.

A partir de la leche, viene todo el mundo de los jamoncillos, de las cajetas de leche, que en Argentina, por ejemplo, fue Jorge Luis Borges el que nos convidó a mi hija Claudia y a mí: «¿No han probado el dulce de leche?» Nosotros lo llamamos cajeta en distintos lugares, pero, nos dice Borges: «¡Nunca vayan a decir cajeta aquí en Buenos Aires!, porque esta palabra es pícaro, de esas palabras que aluden a las partes, al erotismo, en-

tonces, sólo digan dulce de leche». En Argentina lo probamos y es realmente delicioso, como uno que se hacía en mi pueblo. Porque la cajeta de leche tiene muchas variedades, hay finísimas y ligeras, las hay más densas; unas más dulces y otras un poco menos dulces que son muy ricas.

Y luego el mundo de los jamoncillos, que son unos bloques que se hacen de leche y azúcar, con nueces o piñones o ciruelas de España y toda una serie de principios frutales, o el puro jamoncillo liso, blanco, aromado con vainilla, pero vainilla real, de la verdadera, la vaina de ese lugar tan maravilloso... de Papantla, Veracruz, de donde es la mejor vainilla del mundo. Son unas vainas suaves, largas, de aroma maravilloso. Hasta hace poco, yo tenía siempre en mi casa una vaina de vainilla. Entonces el jamoncillo de leche con aroma de vainilla tiene trocitos, tiritas de vainilla a lo largo de la pieza del jamoncillo. Ése es uno de los dulces verdaderamente deliciosos... El recuerdo de días felices de la infancia está envuelto en el aroma del jamoncillo de vainilla.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometí una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometé una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

EL RECITADOR DE ZAPOTLÁN

A Juan José Arreola lo conocí en 1952. Y reconocí en él (hecho Apoco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre la imaginación y la realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién leídos, la lentitud con que maduran ciertos quesos o la rapidez con que se marchitan ciertas mujeres) y también lo agobiaban los problemas ontológicos y metafísicos.

A Juan José Arreola lo conocí primero como escritor y después como persona de carne y hueso. El cuentista, que había publicado dos libros: *Varia invención* (1949) y *Confabulario* (1952), me produjo un efecto estético deslumbrante. Admiré la manera como estructuraba los cuentos, creaba a los personajes e infundía vida a las anécdotas mediante un estilo que se acercaba peligrosamente a la perfección.

—¿*Cuáles fueron los primeros textos que despertaron tu entusiasmo de lector?*

El cimiento de mi formación literaria es «El Cristo de Temaca» del padre Placencia, gran poeta casi desconocido. Aprendí el poema como un loro, oyéndoselo a los muchachos de quinto año, quienes, a su vez, se empeñaban en memorizarlo. Sentado en el mesabanco de la escuela (no estaba ni siquiera inscrito, me llevaban mis hermanos mayores) escuché aquellas palabras armoniosas, aquel lenguaje distinto al que oía en las calles. En casa, en un momento de

exultación, de entusiasmo, me subí a una silla bajita, de esas que llaman *sillas bajitas*, de ixtle o de tule, y me puse a recitar «El Cristo de Temaca». Desde entonces (aún no sabía leer), adquirí la manía de memorizar los pasajes que me entusiasman. Me acuerdo que curiosamente yo no aprendí a leer: las letras me entraron por los oídos. Veía y oía deletrear a mis hermanos, y deletreaba inconscientemente con ellos. El primer libro que manejé fue el libro de primer año y no el silabario. A partir de ese momento sentí voraz amor por las palabras, me encantaban los nombres extraños que oía en casa. Por un azar, cuando comencé a leer, cayeron a mis manos varias biografías de pintores llenas de nombres extranjeros, nombres que amé por su sonoridad: Giorgione, Tintoretto, Pinturicchio, Ghirlandaio. Esos nombres tienen importancia porque durante el tiempo en que fui empleado de mostrador llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar, o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios. La literatura, como las primeas letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo en compañía de los tratadistas *cláusulas sintácticas*.

DEDOS Y LENGUAJE

—El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras, en eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras

bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas.

—*Volvamos a los «cimientos», a los años en que despertaron tus sentidos.*

Desde niño comencé a representar obras de teatro y a recitar. Una de mis tías declamaba versos en público. Cuando ya no se sintió capaz, porque la edad empezaba a sitiarse, con muy buen gusto abandonó su papel de recitador oficial de Zapotlán el Grande y delegó a su sobrino la tarea de ir a las veladas literario-musicales, a las consagraciones de las fiestas civiles e incluso a las fiestas religiosas. Así comencé a recitar versos, de manera más formal, a los once o doce años. Por esos días, hice uno o dos papeles de teatro. Mi comienzo en el arte ocurrió por el camino, bien teatral por cierto, de transmitir emociones a los demás mediante fórmulas poéticas y dramáticas.

—*Se dice, y yo lo creo, que tu memoria posee inagotables cantidades de colodión. Que lo que allí llega, allí se queda. ¿Recuerdas qué obras, específicamente literarias, dejaron huellas efectivas en tu vida de escritor?*

A los quince años acometí una residencia, de un par de años, en Guadalajara, ciudad a la que sólo había ido de niño por unos cuantos días. En Guadalajara adquirí mi primer libro. Es muy importante que lo consigne: fue el Gog, de Giovanni Papini. Se trata por fortuna de un gran prosista, aunque como hombre sea de lo más objetable y dudoso, ya que intentó hacer filosofía, metafísica, historia de las religiones, de la literatura...; es decir, que lo perdió su poliedrismo desordenado.

Juan José Arreola me relata, en seguida, sus pequeños viajes y las consecuencias humanas y artísticas que de ellos se desprendieron:

En el 36 regresé otra vez a Zapotlán a ser lo que fui durante tantos años: un empleado de mostrador. Trabajé en tiendas de abarrotes, en cajones de ropa, en papelerías, en molinos de café, en chocolaterías. Fui un excelente vendedor. (Vendedor que tuve que resucitar en México para ganarme la vida.) Después de permanecer un año en Zapotlán, a fines del 36, vendí una máquina de escribir Oliver, mi única propiedad, regalo de mi padre, y una escopeta de retrocarga de calibre 24, que había adquirido por mí mismo: obtuve 13 pesos por la escopeta y 18 por la máquina de escribir. Compré un boleto de quince cincuenta a México y llegué con casi 13 pesos en la bolsa. Desde entonces comenzó un periodo que abarcó, íntegros, los años de 37, 38 y 39. Durante mi permanencia en la ciudad de México traté a varias personas que me aproximaron a la literatura por medio de su ejemplo personal: Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y algunos otros escritores que fueron maestros o compañeros míos. Mi primer maestro de teatro, el que me enseñó definitivamente a decir versos y a leer en voz alta, fue Fernando Wagner. Entre otros grandes poetas me reveló a Rilke.

También tuve un contacto, no absolutamente directo, pero sí muy sensible, con los escritores que hacían la revista *Taller*: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz, y con José Luis Martínez y Alí Chumacero, que ya pensaban en *Tierra Nueva*. En ese momento, y metido en el teatro hasta el cuello, escribí a fines de 39 y principios de 40. Son farsas y se llaman: «La sombra de la sombra»; «Rojo y negro», inspirada en Stendhal, y «Tierras de Dios». Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía

mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

—*Como en los cuentos, ¿y luego?*

A principios de 40 volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño, pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuosos. Me gané la vida de maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, «Sueño de navidad», que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la navidad de 1940. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

En Guadalajara, durante los intensos años de formación, Arreola conoció a Louis Jouvet. Con su patrocinio, viajó a París en 1945:

Ese viaje —me confiesa—, que no fue tan largo como se había planeado, tuvo en mí inusitadas consecuencias. Mi vida está dividida en antes del viaje y después del viaje. Se me antoja del tamaño de un sueño constelado de impresiones extraordinarias. Me fue dado a mí, aspirante a actor, pisar el escenario de la Comedia Francesa, en compañía de los más ilustres comediantes de Francia.

De París volví prematuramente: enfermé de una dolencia capital en mi vida, tan importante como el amor. He sido durante más de veinte años un enfermo imaginario. De las características y altibajos de mi enfermedad se han desprendido el tono de mi vida y el tono de mi obra. Ya en México, no serví en empleos

de mostrador: ingresé, gracias a Antonio Alatorre, al Fondo de Cultura Económica.

Hoy y para mí Juan José es el escritor de historias cortas más sobresaliente que ha aparecido en México desde que el cuento es un género autónomo ejercido por profesionales. Me parece el más perfecto porque en sus textos han desaparecido los lastres que padeció desde sus orígenes la prosa mexicana: el costumbrismo, el barroquismo innecesario, la adoctrinación y el anacronismo. Sus cuentos son sorpresas que indistintamente nos instalan en el horror, la belleza o la alegría de vivir.¹

1 Reproducida en *100 entrevistas, 100 personajes*. México: PIPSA, Grupo Industrial y Comercial. 1991. pp. 20—21.

Contenido

PRÓLOGO	7
---------------	---

1. OBRA

De memoria y olvido	19
Un pacto con el diablo	23
La migala	31
Parábola del trueque	33
Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos ..	37
Interview	41
El silencio de Dios	43
Eva	51
El soñado.....	53
En verdad os digo	55
El guardagujas	59
Corrido	67
El discípulo	69
Diario: «Autri»	73
El prodigioso miligramo	75
El sapo	83
Libertad	85
El mapa de los objetos perdidos	87
Flash	89
Babry H. P.	91
Alarma para el año 2000	93
Achtung! Lebende Tiere!	95
Teoría de dulcinea	97
El diamante	99
Informe de Liberia	101
La noticia	103

Doxografías	105
Soneto	107
El paraíso perdido de las golosinas	109

2. ENTREVISTA CON EMMANUEL CARBALLO EN 1964

El recitador de Zapotlán	119
--------------------------------	-----



Jugar entre jaguares, de Juan José Arreola, se terminó de imprimir el XX de XXXX de 2020, en los talleres de XXXXXXXX, calle XXXX # XXX, colonia XXXXXX, XXXXXX, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond, Cardo y Roboto. El tiraje fue de XXX ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

